

Índice

Vida espiritual

- 82– Carta del 14 de marzo de 2009
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- 84 – Casa Madre: Conferencia del 25 de marzo de 2009
Padre Gregory Gay, Superior general
- 89 – Retiro de la Renovación 2009: “La mística vicenciana”
Padre Javier Álvarez, Director general

Desafíos actuales

- 101 – No necesitamos hombres que construyan muros.
Provincia de Austria
Sor Roswitha Bauer, Hija de la Caridad
- 105 – Al servicio de una de las esclavitudes del tercer milenio
Provincia de Cerdeña (Italia)
Sor Ignazia Miscali, Corresponsal de los Ecos

Actualidad de las Provincias

Visita de los Superiores

- 109- Madre Evelyne Franc y Sor Blanca Libia Tamayo, Consejera general:
Visita a la Provincia de Ecuador
Sor Maria Inés Arevalo Estrada, Hija de la Caridad

Testimonio de las Hermanas

- 113 – Provincia Francia-Norte: Ensancha el espacio de tu tienda
Sor Marie-René Cambourieu y Sor Marie-René Lelièvre, Hijas de la Caridad
- 115- Provincia de Hungría: Sor Romana, una Hija de la Caridad
defensora de la educación musical
Sor Mary Alice Hein, Profesor emérito de la universidad del Saint Nom

Historia de la Compañía

En tiempos de san Vicente... y Hoy

- 117- El pobre según San Vicente
Padre Jean Morin, cm

Preparación del año jubilar del 350º aniversario de la muerte de los fundadores

127- Santa Luisa de Marillac

Sor Claire Herrmann, Servicio de los Archivos

142 - Dos Vidas diferentes y paralelas con un mismo destino

Padre Benito Martinez, cm

MADRE E. FRANC, SUPERIORA GENERAL

Carta del 14 de marzo de 2009

A todas las Hijas de la Caridad

Queridas Hermanas,

Al acercarse la fiesta de Santa Luisa y unos días después del 75º aniversario de su canonización (11 de marzo de 1934), me alegra comunicarme con ustedes para asegurarles con este motivo, mi unión de corazón y de oración y ofrecerles un pensamiento de nuestra Fundadora, tesoro de radicalidad y de sabiduría teñido de humor:

“Si la humildad, la sencillez y la caridad que produce la tolerancia, están bien afianzadas en cada una, su pequeña Compañía estará compuesta de otras tantas santas como personas son ustedes. Pero no tenemos que esperar a que sea otra la que empiece; empecemos todas a porfía”. (Correspondencia y escritos, pág. 516, carta a Sor Cecilia Inés, 8 de enero de 1657).

Permítanme que añada a este mensaje de fiesta algunas noticias de familia. En primer lugar quiero evocar la visita que he realizado con Sor Blanca Libia Tamayo a las Provincias de Bogotá (Colombia) y Ecuador, el pasado mes de febrero. Son unos ecos breves de las ricas y hermosas jornadas pasadas en compañía de las Hermanas de estas dos Provincias.

La Provincia de Bogotá conmemoraba sus 50 años de existencia y nos unimos con las Hermanas a su celebración jubilar: acción de gracias por el pasado, discernimiento de los desafíos actuales y planteamiento de futuro, especialmente en el ámbito de la formación vicenciana. He percibido las dificultades nacidas de la situación política y admiro la valentía de las Hermanas que están presentes en las zonas donde la guerrilla permanece muy activa. He podido ver también cómo la erupción de un volcán, en Huila, el pasado mes de noviembre, arrasó toda una región, destrozando viviendas, cultivos de subsistencia e igualmente un colegio de nuestras Hermanas, totalmente cubierto de barro y donde sólo ha quedado en pie una gran estatua de la Virgen María.

En la Provincia de Ecuador, he quedado impresionada igualmente por la vitalidad y la esperanza de nuestras Hermanas, su cercanía a los pobres, la preocupación que tienen por la formación de sus colaboradores. También allí, pero de modo diferente, se enfrentan a una situación política compleja, principalmente en el ámbito de la educación. Algunos días antes de nuestra llegada, el colegio de Riobamba, inscrito como patrimonio cultural nacional, se había quemado totalmente durante una noche. Las Hermanas han podido continuar las clases de sus 643 alumnos de primaria y secundaria en otros locales, gracias a su inventiva y a la generosidad de la población del lugar.

Les pido oraciones para las Provincias de Madagascar y Eritrea. La Visitadora de Madagascar me ha escrito últimamente; me explica que, si desde el año 2002 se percibía una recuperación del país, los recientes disturbios políticos han destrozado el fruto de los esfuerzos iniciados. Añade que las gentes del Sur, luchan para tener agua y algo de comida, mientras que la lucha política causa estragos en las calles de la capital.

En Eritrea, las consecuencias de la crisis financiera mundial y de la política del régimen del lugar, debilitan el país y complican el servicio a los pobres que realizan nuestras Hermanas. Por este motivo, se les van a enviar unos contenedores con productos de primera necesidad, arroz, leche, azúcar.

Que este acercamiento a la vida de las Hermanas de algunas Provincias fortalezca nuestra “comunidad interprovincial” y nuestra solidaridad, que nutra nuestra oración.

¡Feliz fiesta de Santa Luisa y feliz fiesta también de San José, con un recuerdo particular para las Hermanas de todos nuestros Seminarios!

Con todo afecto,

Sor Evelyne FRANC
Hija de la Caridad

Padre Grégory Gay, Superior general,

Casa-Madre

Conferencia del 25 de marzo de 2009

Hermanas, permítanme que comience diciendo que este día es un día privilegiado para dar gracias a Dios por cada una de ustedes que han renovado su entrega a Dios. La Iglesia, los consagrados comprometidos a seguir a Jesucristo, la Familia vicenciana, los pobres y los que les sirven, e incluso las personas que no conocen bien su compromiso, se lo agradecen.

Hoy centraré mi reflexión en cuatro puntos: la situación mundial, la dimensión eclesial, la vida consagrada y la Asamblea general 2009 de las Hijas de la Caridad.

1 - La situación mundial

Al renovar hoy sus votos, confirman que Dios es bueno y al mismo tiempo, manifiestan el deseo de cumplir su voluntad en un mundo centrado en sí mismo que no sabe escuchar ni amar. La crisis económica en la que se encuentra el mundo, dicen los especialistas, es la peor de la historia de la humanidad. En cierto modo, el mundo pide a las personas de buena voluntad que actúen de manera que puedan ayudar a transformar el mundo. Por el acto que hacen ustedes hoy, la Renovación de los votos, se comprometen a esta transformación. A la luz de la fe, la crisis económica mundial que vivimos, puede ser también un tiempo de gracia, una ocasión para ver las cosas de manera nueva, de adoptar estilos de vida diferentes. Los votos que cada uno de nosotros estamos llamados a pronunciar delante del Señor nos ayudan, precisamente a vivir un estilo de vida diferente, a menudo mal entendido por el mundo, y que sin embargo es el estilo de vida que el mundo necesita.

2 - La dimensión eclesial

El segundo punto de esta conferencia trata del contexto eclesial y de lo que la Iglesia puede decirles con motivo de este día de la Renovación y lo que ustedes, como respuesta, pueden decir a la comunidad de creyentes. Como este año en la Iglesia celebramos el año de San Pablo, quisiera resaltar dos dimensiones de su vida: en primer lugar su conversión, más tarde su misión.

*La experiencia de la conversión de Pablo, tal y como él nos la cuenta, es significativa. Orgulloso y con gran celo, Pablo persigue la nueva Vía. El momento en el que cae de su caballo, él que era fuerte y poderoso, con una posición de dominio por sus capacidades intelectuales y su sabiduría se reconoce humilde y es capaz de dejarse conducir por otros. Vive la experiencia del Dios de Jesucristo. Sus ojos se abren y puede percibir la verdad del mensaje de Jesús y la manera precisa de adherirse a la Voluntad de Dios. Del mismo modo, podemos comprender la renovación anual de sus votos como un modo de ayudarnos a “caer de nuestro caballo” para dejarnos conducir por los demás para abrir los ojos y acoger claramente la Voluntad del Señor. La pobreza es el compromiso que les invita a vaciarse de ustedes mismas; la obediencia les permite dejarse conducir por otros buscando juntos la Voluntad de Dios. La castidad les permite dejarse amar por Dios, preferirle y amarle en todos los hermanos sin excepción.

*La misión de Pablo consistió en ser el animador de las comunidades cristianas que él había dado vida. Pablo les ayudaba a conservar su unidad en Cristo, a manifestar su amor los unos por los otros, a servir particularmente a los más desfavorecidos. En su carta a los Colosenses (3, 12-17) Pablo exhorta con elocuencia a la comunidad cristiana a vivir en una total unión a Cristo y a sus hermanos y hermanas.

“Revestíos, pues, como elegidos de Dios santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de

Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos himnos y cánticos inspirados, y todo cuanto hagáis, de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre.”

En este texto Pablo presenta las características del hombre nuevo” por el que Cristo anima a tender a las realidades de lo alto y no hacia las de la tierra. Los votos que pronuncian, son los medios que les ayudan a responder a esta petición del Señor, ayudándoles a morir a ustedes mismas y a vivir con Cristo. (Col. 3,3). Cada uno de los votos les ayuda a dejar lo antiguo y a revestirse de lo nuevo.

3 - La vida consagrada

En este día es bueno recordar las enseñanzas de la Congregación para los Institutos de Vida consagrada y las Sociedades de Vida apostólica, presidida por nuestro cohermano el Cardenal Franc Rodé. La Instrucción titulada “*El Servicio de la Autoridad y la Obediencia*” es un documento muy bien escrito, que habla en profundidad de la relación entre autoridad y obediencia. En los Ecos de la Compañía de septiembre-octubre 2008 el Padre Javier nos ha compartido sus reflexiones sobre este tema. Una verdadera autoridad en un contexto evangélico debe ser comprendida en términos de servicio: el servicio a los otros como Jesús nos lo enseña humildemente la noche en que reúne a sus discípulos para compartir con su última cena. Jesús da el humilde ejemplo del lavatorio de los pies y después, nos muestra hasta donde llega su obediencia al Padre: la muerte.

La instrucción habla de la obediencia como una manera de escuchar con intensidad para oír la voz de Dios en los Evangelios o en los acontecimientos. Para ustedes, esta obediencia se vive en el seno de la comunidad. “*Escuchar significa acoger al otro incondicionalmente, darle espacio en el propio corazón. Por eso la escucha transmite afecto y comprensión, da a entender que el otro es apreciado y que su presencia y su parecer son tenidos en consideración*”. (Instrucción, 20)

El documento expresa también la importancia de la relación entre obediencia y misión. “*Se está en misión cuando, lejos de perseguir la autoafirmación, ante todo se deja uno conducir por el deseo de realizar la adorable voluntad de Dios*”. (Instrucción, 24). La obediencia en la misión evita buscar solamente su propia realización personal. Las Constituciones ponen de relieve que las Hijas de la Caridad, son llamadas a vivir en comunidad “en y para la misión”.

Para escuchar a Dios en los distintos contextos donde El está presente, cada Hermana necesita liberarse de todo lo que puede ocupar su corazón. El voto de pobreza, llena este objetivo y va a la par de la obediencia. Una vez liberados de todo lo que nos estorba, después de haberse vaciado de uno mismo, su corazón está dispuesto para amar más profundamente con un amor que procede de Dios. La pureza del amor libremente entregado a los demás, es posible en y por la castidad. Un amor casto, descentrado de sí se pone en relación con los demás. Para las Hijas de la Caridad la relación por excelencia es la vivida con los pobres.

El servicio a los pobres, ayuda a cada Hermana a conocer y a amar más profundamente a Cristo presente en los que sufren y conociendo a Cristo, puede ejercer la autoridad tal y como El mismo la ejerció.

4 - La Asamblea general 2009

La Asamblea general 2009 tiene por tema “*Profecía y Esperanza ahora y por todas partes*”. En el evangelio de Marcos, Jesús es reconocido como un gran profeta. Fue alguien que asombraba a las multitudes por sus enseñanzas: porque les enseñaba con autoridad. Cuando se estudian los evangelios, es evidente que la autoridad de Jesús emana de la coherencia entre lo que dice y lo que hace, contrariamente a los escribas de su tiempo. Su Asamblea general, las llama a ser profetas de esperanza en el mundo de hoy y a ser creíbles por su postura profética como comunidad, particularmente por el testimonio de su estar con los pobres y por el don que hacen de ustedes mismas en un servicio de amor.

Como lo he dicho en otros lugares, la dimensión profética a la que están llamadas a vivir hasta el final, particularmente durante la Asamblea general, es la de dar juntas el testimonio de diferentes formas de

vivir. La Constitución 27 dice *«para servir a Cristo en los pobres, las Hijas de la Caridad se comprometen a vivir su consagración bautismal mediante la práctica de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, que reciben de dicho servicio su carácter específico»*.

La calidad del servicio puede ser profética. Cuando comencé esta conferencia, hice alusión al hecho de que el mundo les agradece, incluso si no entiende lo que viven como Hijas de la Caridad. Los votos les ayudan a ser proféticas.

-Según los criterios del mundo, el valor de una persona depende de lo que posee. Su voto de pobreza dice “no” a esto, pero “sí” a la calidad del don de su vida.

-El mundo actual anima a un sentimiento exagerado de amor de sí mismo. Su voto de castidad dice “no” a este amor de uno mismo y dice “sí” al don de sí por amor de Dios.

-El mundo dice que ustedes se desarrollan haciendo sus propias obras. Su voto de obediencia dice que alcanzan la plenitud haciendo las “obras” de Dios, su voluntad y no la suya.

Las Hijas de la Caridad dan un testimonio profético mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia para el servicio de los pobres. Al mismo tiempo los votos les ayudan a ser fieles a su compromiso de cara a los pobres, en solidaridad con ellos, por el amor que les ofrecen y por su fidelidad para servirles.

Que este día de renovación sea el de una vida nueva en un servicio generoso a los pobres, como verdaderas hermanas miembros de una comunidad. Que Dios les de la gracia de cumplir cada día, a lo largo de este nuevo año, lo que hoy han renovado.

Padre Gregory GAY
Superior general

Casa Madre, 22 de marzo de 2009

Retiro de la Renovación

“La mística vicenciana!”

Durante este retiro que precede a la Renovación de 2009, les invito a considerar uno de los puntos más característicos de la espiritualidad vicenciana. Nosotros pertenecemos a una tradición espiritual, la que inició San Vicente, y que ha llegado hasta nosotros con el nombre de “espiritualidad vicenciana”. Sin duda, una de sus aportaciones más originales a la Iglesia consiste en la integración de estos dos polos, “acción” y “contemplación”, o “contemplación” y “misión”. Hablaremos también de “mística vicenciana”. Son todas ellas maneras diferentes de referirse a la misma realidad.

“Diez veces al día irá una Hermana a ver a los enfermos, y diez veces al día encontrará en ellos a Dios”ⁱ. Para San Vicente, por lo tanto, es posible, más aún, es necesario que las Hijas de la Caridad descubran y contacten con Dios, no sólo cuando están en la capilla haciendo la oración o celebrando la Eucaristía, sino también en el servicio, en la vida, en la actividad, en los pobres y en las personas a las cuales van destinados sus servicios. Seguramente, debajo de esta espiritualidad integradora, hay una experiencia personal que la ha hecho posible, ya que San Vicente no fue un teólogo de gabinete, sino una persona práctica, con los pies bien asentados sobre la tierra y acostumbrado a reflexionar sobre sus propias vivencias.

Creo que la película de Jean Arnouilh sobre *Monsieur Vincent* nos acerca a esa posible experiencia del pobre que vivió San Vicente, y que le llevó a repetir, con tanta fuerza y con tanto convencimiento, la frase que hemos transcrito más arriba. En un momento determinado de la película, la cámara se detiene durante unos largos segundos sobre los ojos de San Vicente. Es un primer plano. Su mirada se mantiene fija, perdida, sin centrarse en ningún punto concreto. Sus manos están recogidas. Todo apunta a que está muy centrado en algún pensamiento o en alguna vivencia interior. De pronto, sus labios se abren suavemente y a duras penas se entiende esta frase: *“Perdón, Señor, perdón, no sabía nada; no sabía nada”*. Para nosotros, éstas no son palabras misteriosas. Sabemos muy bien que San Vicente acaba de hacer el gran descubrimiento que transformó su vida. Ahora ha entendido, con mucha profundidad y con mucha claridad, el capítulo 25 de Mateo: *“Cada vez que hicisteis esto a uno de mis pequeños, a mí me lo hicisteis”*. Por supuesto, San Vicente conocía este pasaje y lo había meditado muchas veces, pero es en estos momentos cuando se le hace especialmente luminoso, con una profundidad y un sentido totalmente nuevos. Esta es una experiencia que seguramente también nos ha ocurrido a nosotros alguna vez: un pasaje evangélico o un salmo, que has leído muchas veces, de pronto se llena de sentido, y sin saber por qué comienzas a entenderlo con mucha más profundidad. Algo de esto debió ocurrirle a San Vicente con Mt 25. Fue un rayo que cayó directamente sobre él, y que comenzó a ver la vida de otra manera diferente. Si Jesucristo se identifica con los pobres, eso quiere decir que en el servicio a ellos y en el trabajo con ellos, uno puede encontrarse con Dios. Así reflexionó San Vicente. Y esta sencilla conclusión le llevó a iniciar en la Iglesia una espiritualidad integradora entre la acción y la oración. La expresó en la frase que hemos evocado al principio: *“Diez veces al día irá una Hermana a ver a los enfermos, y diez veces al día encontrará en ellos a Dios”ⁱⁱ*.

¿Por qué es importante esta “mística vicenciana” para poder servir a los pobres, y desde dicho servicio, poder ser profetas en el mundo en el que nos toca vivir?. Porque el servicio al pobre se puede entender ni vivir si no es desde la fe, desde la sacramentalidad del pobre. Este convencimiento es muy necesario en una sociedad horizontalista en la que se valora solamente la eficacia. Si la Hija de la Caridad no vive y actúa desde el descubrimiento de Cristo en la persona del pobre, caerá en el peligro de convertirse en una mera voluntaria social, vaciará de sentido su modo de vida evangélico-vicenciano, perderá su significatividad profética. Por algo insistía tanto San Vicente en una fórmula que todas las Hijas de la Caridad saben de memoria, y que es una de las claves para comprender su identidad: *“Hay que darse a Dios para amar a Jesucristo y servirle en la persona de los pobres”ⁱⁱⁱ*. Todas las conferencias del Fundador están llenas de recomendaciones, expresiones e insistencias como la cita que acabamos de presentar. Las Constituciones recogen bien esta espiritualidad vicenciana con fórmulas modernas, pero que responden a la intuición genial de San Vicente. Por ejemplo, la C. 21 b asegura a las Hijas de la Caridad que *“cuando las*

necesidades urgentes del prójimo lo requieran, tienen que saber dejar a Dios contemplado en la oración, para volver a encontrarlo en el pobre”.

Conviene insistir en esta mística del servicio o en esta contemplación en la acción, porque la experiencia nos dice que, sin esas convicciones y motivaciones frescas sobre el pobre y el servicio, las Hijas de la Caridad terminan desmotivándose vocacionalmente. Cuando al servicio se le despoja de esta mística, hay Hermanas que llegan a la conclusión de que el servicio que llevan a cabo pueden realizarlo fuera de la Compañía. Otras, por el contrario, pueden caer en un activismo desenfrenado o en un profesionalismo que va secando otras dimensiones de su vocación^{iv}.

ESPIRITUALIDAD VICENCIANA ESPIRITUALIDAD INTEGRADORA

La espiritualidad de integración supera la dicotomía “espacios sagrados” – “espacios profanos”, para llegar a la conclusión de que Dios está en unos y en otros. Ciertamente, la capilla es lugar de adoración y de encuentro con el Señor, a través de los sacramentos, de su Palabra, de la Comunidad que se reúne en su nombre y de la oración personal con Él. Pero también Dios está, se manifiesta y, por lo tanto es posible encontrarle, en el mundo, entre las personas a las que se sirve y con las que se convive, en las diferentes situaciones y acontecimientos que se hacen presentes en la vida, sean éstos universales o locales. Parece lógica esta espiritualidad integradora, si tenemos en cuenta que Dios ha sido el Creador de todo lo que existe en este mundo, y que su Providencia es la ventana a través de la cual Él sigue todo lo que aquí ocurre.

Entre la capilla y el mundo no puede haber mucha separación. Evidentemente, son lugares diferentes y los dos necesarios para una Hija de la Caridad, pero el uno debe llevar al otro. Ahí está la integración a la que nos invita San Vicente: el encuentro con Dios en la capilla a través de la oración personal y comunitaria, o a través de la celebración de los sacramentos, se tiene que transformar en energía para el servicio al pobre. Por aquí apuntaba San Vicente cuando insistía a Misioneros y a Hijas de la Caridad que la oración debe terminar con algún compromiso concreto^v. La oración desemboca en la vida, de lo contrario ese encuentro con Dios no habrá sido demasiado profundo. Y al contrario, todo lo vivido en el servicio y en la comunidad, dificultades, gozos, preocupaciones, situaciones diferentes, personas..., todo ello debe ser llevado a la oración. Los gozos y los logros, para darle gracias a Dios. Los problemas y las dificultades, para pedirle su luz y su fuerza. Las preocupaciones para proyectar sobre ellas la luz de la Palabra y discernir cuál es su voluntad. No se debe dejar a la puerta de la capilla lo que se ha vivido en el servicio para que nada interfiera el diálogo con Dios. Por lo tanto, los pobres, el servicio, la vida de comunidad, tienen un lugar en la capilla. Pero, atención, se trata de un diálogo, no de un monólogo, ni de un momento tranquilo para programar la nueva jornada de espaldas a Dios.

La espiritualidad integradora nos hace entender que no existen dos experiencias de Dios, sino una sola vivida en dos tiempos. Moisés, por ejemplo, se encontró con Dios en la zarza ardiendo (cf. Ex 3, 1-14). Y también se encontró con Él cuando guiaba al Pueblo hacia la Tierra prometida. Nunca olvidó la experiencia de la zarza, pero también el pueblo con sus necesidades, sus exigencias e incluso sus pecados le remitió continuamente a Dios. A Moisés la zarza y el pueblo hicieron posible su encuentro con Dios. A San Vicente, la capilla y los pobres. Él lo expresó en la archiconocida frase de “*dejar a Dios por Dios*”^{vi}.

DIFICULTADES QUE IMPIDEN EL ENCUENTRO CON DIOS EN MEDIO DEL MUNDO

Podríamos hablar largo y tendido de por qué hoy no resulta fácil experimentar a Dios cuando se está sirviendo a los pobres, pero creo que la mayor parte de las dificultades pueden proceder de estos dos frentes:

EL CONTEXTO EN EL QUE VIVIMOS Y TRABAJAMOS

* De fuera de las personas, del contexto cultural en el cual estamos viviendo y trabajando. La post-modernidad nos ha traído una desconfianza grande en todo aquello que no se puede contar, medir o palpar. La fe ha sido una de esas realidades puestas bajo sospecha. Y su consecuencia más clara ha sido el

debilitamiento de la misma fe, expresado en formas diferentes: la increencia, la indiferencia y el agnosticismo. En la actualidad, el “eclipse social de Dios” proyecta sombras sobre las propias convicciones personales, y la superficialidad ambiental fácilmente desvía la atención hacia cosas intrascendentes. Hoy día, por ejemplo, es relativamente fácil dejarse llevar por el cotilleo de los personajes de moda o engancharse a las novelas televisivas, que se proyectan en capítulos diarios para generar dependencia en los televidentes. Con todo ello, se propicia la superficialidad y, por lo tanto, la manipulación.

Por otra parte, la tecnología, tan presente en las sociedades desarrolladas, está favoreciendo la aparición de una nueva mentalidad utilitarista, pragmática, interesada sólo por la utilidad de las cosas. Esta nueva mentalidad termina vaciando la capacidad contemplativa del ser humano. Por capacidad contemplativa entendemos la posibilidad del ser humano para ir más allá del aspecto útil de las cosas, o para preguntarse qué sentido tienen determinadas situaciones. Ante un Ordenador o un coche moderno, por ejemplo, hoy a nadie se le ocurre dar gracias a Dios porque, a través de la inteligencia humana ha hecho posible estos adelantos maravillosos. O, simplemente, admirar la inteligencia humana cuando ésta se pone al servicio del bien. Más bien, la persona actual buscará conocer su funcionamiento, sus prestaciones, su precio. Esta es la mentalidad práctica que está influenciando todo. Las cosas sirven, es cierto, pero también tienen un sentido. Esto último no se favorece en la cultura actual, preocupada solamente por la utilidad de las cosas. Pues bien, esta mentalidad nos influye, querámoslo o no, a nosotros que tenemos que ser contemplativos en la acción. Y nos puede influir llevándonos a un activismo que impide detenerse a pensar por qué y por quién hacemos lo que estamos haciendo.

* Dificultades que provienen del interior de la persona. El consagrado que ha hecho una opción radical y completa de seguir a Jesucristo, sin embargo puede encontrar dentro de él zonas ateas que le impiden tomar en serio la inefable presencia de Dios en su vida y en los acontecimientos por los que tiene que pasar^{vii}. Hace unos años apareció un libro que produjo un poco de escándalo entre la gente de Iglesia. Se titulaba “*El ateísmo de los religiosos*”. Evidentemente, este libro no afirmaba para nada que los religiosos fueran ateos, sino que podía haber zonas en la vida de los consagrados donde el Evangelio aún no había penetrado. Pues bien, cuántas más zonas ateas haya dentro de una persona, más difícil le resultará percibir a Dios en su vida y en la vida en general. Se puede tener una fe teórica, fundamentada en una buena formación y, sin embargo, incapaz de iluminar y de responder a las cuestiones vitales de todos los días. Es en la vida ordinaria donde se comprueba la fuerza de la fe y, más concretamente, en las situaciones duras que presenta la vida. Ellas podrán hacer sufrir, pero la persona de fe nunca perderá la paz, ni se dejará invadir por el miedo. “*Unos confían en sus carros, otros en su caballería. Nosotros invocamos al Señor Dios nuestro...*(Sal 19). “*Al Señor me acojo, ¿por qué me decís, escapa como un pájaro al monte?*” (Sal 10).

Evidentemente, si no existe este sentido providencialista de Dios que se manifiesta en el mundo que ha creado, difícilmente podrá la persona captar la presencia de Dios en personas y en situaciones concretas.

TRES VERBOS QUE LLEVAN A LA MÍSTICA VICENCIA

La contemplación de la que estamos hablando no tiene nada que ver con los éxtasis ni con otras manifestaciones más o menos extraordinarias que algunos privilegiados pueden tener en sus momentos de oración. El contemplativo en la acción, en el servicio, en la misión, no es alguien que hace cosas extraordinarias o que esté dotado de cualidades sobrehumanas. No. Sencillamente vive su servicio (el que sea) con una conciencia clara de que está cumpliendo la voluntad de Dios. Sabe ver en las personas a las que sirve o con las que colabora el reflejo del mismo Dios, aunque a veces las actitudes que se perciben en tales personas no faciliten esta conexión con Dios. Cuando se encuentra ante una situación inesperada sabe dirigirse al Señor para intentar descubrir lo que Él le está pidiendo. Toda esta vivencia profunda del servicio hace que una Hija de la Caridad sea contemplativa activa. Algo de esto podía estar en la mente de San Vicente cuando repetía a las primeras Hermanas que era preciso encontrar a Dios en el pobre al que sirven. Los tres verbos que presento a continuación pueden hacer del servicio al pobre un verdadero encuentro con Dios.

VER

Hay diferencia entre “mirar” y “ver”. Por ejemplo, se mira un escaparate, un paisaje, la hora del reloj. Por el contrario se ve a una persona, se ve una situación que nos preocupa, un libro o una película que

nos interesa. Ver es más profundo que mirar. Con frecuencia, “ver” es sinónimo de entender una situación. En la mística vicenciana, ver es ir más allá de los sentidos. Saber ver, por ejemplo, en un rostro sucio y harapiento de una persona algo más que la forma física desagradable que perciben los ojos. O en un grupo que celebra la vida en un ambiente fraterno, intuir la alegría de Dios. Sin este salto no es posible captar la verdad profunda de los acontecimientos y de las cosas, aunque se hagan interpretaciones muy agudas desde el punto de vista científico, psicológico o social. Las realidades creadas son “teofanías”. Si no se llega aquí, no hay contemplación.

Para hacer esta lectura teológica de las cosas y de los situaciones, hace falta que entre en juego el corazón. En la carta a los Efesios (1, 18) se pide *“que Dios ilumine los ojos del corazón”*, justamente para ver más allá de los sentidos. Jesús, en su Evangelio, supo ver más allá de las cosas. Así, por ejemplo, de los lirios del campo y de los pájaros del cielo, supo llegar a quien los viste y alimenta (cf. Lc 12, 25-28; Mt 6, 26-27). Del hombre de la mano paralizada, llegó al Padre que quiere su liberación y la de todas las personas (cf. Mt 12, 9-14; Mc 3, 1-6). El contacto con los pobres, los pecadores y los excluidos le llevó a descubrir a Dios apasionado y defensor de todos, sus hijos predilectos (cf. Mc 2, 13-17; Mt 5, 17-26; 7, 2-17). Del silencio de Dios que experimentó en la cruz, llegó al Dios que estaba en el fondo de ese silencio (cf. Mc 15, 1-47). Y para despejar toda posible duda, no tuvo reparos en reprochar a los fariseos su torpeza y ceguera para descubrir el querer de Dios (cf. Mt 16, 1 ss.). *“Hipócritas, si sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo es que no sabéis interpretar el momento presente?”* (Lc 12, 56).

En resumen, en Jesús el mundo no fue obstáculo para su contemplación, sino lugar de escucha de la voluntad salvífica de su Padre. Su camino espiritual no consistió en evitar los ruidos del mundo para contemplar mejor a Dios, sino en contemplar y amar a Dios en medio de todos ellos^{viii}. Exactamente el mismo camino recorrió San Vicente.

ADORAR

Si una Hija de la Caridad se pregunta por qué sirve al pobre y quiénes son, en realidad, los beneficiados de sus servicios, de una u otra forma aparecerá Dios como respuesta inevitable. La primera actitud que debe brotar en la Hija de la Caridad que vive este encuentro es una actitud de adoración. *“Quítate las sandalias porque el lugar en el que estás es tierra sagrada”* (Ex 3, 5), le dice el Señor a Moisés en el monte Horeb mientras guardaba su rebaño de ovejas. Las Constituciones hacen una advertencia parecida cuando hablan de servir al pobre con “devoción” (cf. C. 10 b). Es el sentimiento natural que brota de encontrarse con el Señor. Y esta orientación de las Constituciones tiene mucho sentido porque, sin esa actitud, todo encuentro con el Señor corre el peligro de trivializarse, de convertirse en un mero servicio social. Más complicado resulta concretar cómo se debe vivir este encuentro en el servicio al pobre: ¿debe ser con una actitud visiblemente humilde o con la seguridad del que se sabe respaldado por Dios?. Quizás las cuatro palabras que en las Constituciones acompañan al servicio hecho con devoción puedan, de alguna forma, indicar ese servicio hecho con devoción: la dulzura, la compasión, la cordialidad y el respeto (cf. C. 10 b). Conviene detenerse a meditar personalmente en cada una de ellas, ya que las cuatro, junto con la conciencia de la presencia del Señor, seguramente llevan a esa actitud de adoración o de devoción.

Este encuentro produce, además, gozo, confianza, entrega incondicional, alegría. Es decir, la Hija de la Caridad que viva su servicio (el que sea) con la conciencia de estar cumpliendo la voluntad de Dios, llena de los sentimientos que acabamos de mencionar. La razón es bastante convincente: imposible entrar en contacto con Aquel del que somos imagen por amor, del que procedemos como criaturas surgidas de su amor, sin que se genere en nosotros sentimientos de agradecimiento, de gozo, de confianza, de entrega de nuestra vida. Algo de esto le debió suceder a Pablo cuando, en medio de persecuciones, palizas y peligros de muerte, se atreve a preguntar: *“Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?... Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios”* (Rm 8, 35-39). Y en Filipenses recomendaba insistentemente, *“estad alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres”* (Filp 4, 4). Cabe hacer la siguiente reflexión: y si en el servicio (el que sea) una Hija de la Caridad no vive con gozo, con confianza, con alegría, pregúntese cómo está realizando el servicio, si en él se está encontrando con el Señor y le reconoce como tal.

SERVIR

Dios actúa siempre como trampolín: quien se encuentra con Él, automáticamente se siente invitado a trabajar por su Reino. Y el “Reino de Dios” puede ser fuente de tal alegría que provoque la venta de todo para quedarse con él, según se nos asegura en Mt 13, 14. ¿Qué queremos decir con todo ello?. Que el servicio, cuando se realiza bien, no hablamos desde el punto de vista profesional, sino vicenciano, cada vez compromete más y cada vez se lleva a cabo mejor. La razón es bastante clara: en el servicio se descubre al Dios apasionado por los pobres y desamparados; y este descubrimiento anima enormemente a la Hija de la Caridad a seguir cumpliendo lo que Dios le pide, porque ahí reside precisamente el sentido de su vida. Cuanto más se entrega al servicio, más descubre a Dios, y cuando más descubre a Dios, más fuerza experimenta para servir a los pobres. Aquí está la diferencia entre una Hija de la Caridad y una profesional. La profesional puede hacer el mismo trabajo y ser tan eficaz o más que una Hija de la Caridad. Pero el móvil es otro diferente: el de la profesional será el salario y/o el sentirse útil. Ahí queda todo. El móvil de la Hija de la Caridad es el cumplimiento de la voluntad de Dios, que da una proyección mucho más profunda a su vida. “*Entregadas a Dios para servir a los pobres*”, se dice en el capítulo II de las Constituciones. Evidentemente, este móvil no niega las gratificaciones humanas que toda Hija de la Caridad puede experimentar en su servicio. Ahora bien, el móvil esencial de su vida no puede ser otro que Jesucristo.

ALGUNOS MEDIOS PARA FORTALECER LA CONTEMPLACIÓN VICENCIANA

* El primero me lo sugiere el E. 4, donde se pide a las Hijas de la Caridad que cada día, en un tiempo previsto en el Proyecto comunitario, releen su vida para descubrir la acción del Espíritu en ellas, den gracias a Dios y revisen su fidelidad. Es nuevo este Estatuto. Ha sido reformulado a partir de lo que decían las Constituciones del 83 sobre el examen particular y general, centrados más bien sobre la revisión de conducta. Las Constituciones actuales apuntan un nuevo enfoque: se trata de comprenderse uno a sí mismo como un don de Dios, como alguien que ha surgido del amor de Dios, y donde el Espíritu no deja de actuar. Esto es mucho más hondo que centrarse en las obras, en las actitudes o en el comportamiento. Es entender que el propio ser que es don de Dios, imagen suya, hechura de sus manos. Este ejercicio contemplativo a que nos invita el E. 4 inevitablemente produce confianza, gozo, esperanza, seguridad porque lleva a la misma experiencia a la que llegó San Pablo: “*Sé de quien me he fiado*”. Ser contemplativo en la propia vida es una buena escuela para llegar a serlo en todo lo demás, la vida, la acción, los pobres.

Ésta es mucho más importante que la propia. Más aún, la fidelidad humana se apoya en la divina. Releer el propio pasado llevará a entender que Dios ha estado en todos los momentos de la propia vida: en los buenos, para invitarnos a la alegría, al gozo y a la fiesta; y en los difíciles y duros, llevándonos a una entrega confiada en Él. A veces, el futuro provoca miedo; otras veces, esperanza, ilusión. Y casi siempre incertidumbre. Orar el futuro consiste en presentárselo al Señor, y entender que estamos llamados a vivirlo (el que sea) no solos, sino con Él. El *Cántico a las Criaturas* de San Francisco de Asís es un bello ejemplo de alguien que ha sabido contemplar su propia vida y la vida en general desde Dios.

* Un segundo medio para crecer en la contemplación vicenciana me la ofrece la actuación de San Vicente después de su conversión. Ante situaciones de pobreza y de sufrimiento de los marginados de su tiempo, conocemos hasta qué punto se llena de tristeza y de preocupación, al mismo tiempo que se siente fuertemente impulsado a luchar para mejorar la suerte de los que sufren. Esto es lo que reflejan textos como los que transcribimos a continuación: “*Los pobres, que se multiplican todos los días, que no saben a dónde ir ni qué hacer, constituyen mi peso y mi dolor*”^x. O este otro que escribió con motivo de las devastadoras guerras en 1655: “*Hay guerra por todos los reinos católicos: guerra en Francia, en España, en Italia, en Alemania, en Suecia...; de Inglaterra, ya sabéis su triste situación. Guerra por todas partes, miseria por todas partes. En Francia hay muchos que sufren. ¡Oh, Salvador! ¡Oh, Salvador!. Si por cuatro meses que hemos tenido la guerra encima, hemos tenido tanta miseria en el corazón de Francia..., ¡qué harán esas pobres gentes de la frontera, que llevan sufriendo esas miserias desde hace veinte años!*”^x. He aquí otro texto, de tono completamente diferente, pero que refleja la misma preocupación de Dios: “*Dios ama a los pobres, y por consiguiente, ama a quienes aman a los pobres; pues cuando se ama mucho a una persona, se siente también afecto por sus amigos y servidores*”^{xi}. San Vicente se expresa en estos términos porque ha percibido el rechazo de Dios ante las múltiples situaciones cerradas que hacen sufrir y degradan al ser humano y, al mismo tiempo, ha entendido su invitación para erradicar la pobreza. Igualmente San Vicente ha captado la complacencia y la aprobación de Dios cuando alguien se ocupa de sus predilectos, los pobres.

Siguiendo esta lógica de San Vicente, es posible contemplar a Dios en medio del mundo y en el servicio concreto al pobre. En las situaciones duras, de abusos, de malos tratos, de desprecios, de violencias de todo tipo que vemos en los informativos de la televisión o de la radio, en los periódicos...,o incluso en el propio servicio, Dios no puede por menos de rechazarlas y condenarlas. Por el contrario, en situaciones positivas, donde se pone de relieve el amor, el servicio desinteresado, la vida..., Dios las aprueba, las acepta, se congratula y se alegra con todas ellas. He aquí una manera de contemplar la vida y de alimentar, desde la misma actividad, el fuego de la entrega al pobre. Por lo tanto, ante una situación determinada, ante un acontecimiento, ante determinados tipos de personas, es necesario que una Hija de la Caridad se habitúe a preguntarse qué es lo que Dios le está diciendo, y por dónde deberá ir su respuesta. Éste fue el método de discernimiento que utilizó San Vicente, y puede ser también el nuestro.

* Un tercer medio para entrar en la contemplación vicenciana lo tenemos en la oración. En el sentido siguiente. Ciertamente, cuando una Hija de la Caridad trabaja y sirve bien desde el punto de vista vicenciano (no hablamos aquí desde el punto de vista profesional), en el trabajo que está realizando (el que sea), se está encontrando con el Señor. Y ese encuentro siempre resultará reparador, aún contando con las dificultades. Así tendremos que interpretar la C. 16 Allí se sugiere que un servicio realizado vicencianamente alimenta más que desgasta. La razón es clara: alimenta porque el servicio posibilita el encuentro con Dios. Estoy convencido que quien, habitual y espontáneamente, sepa poner a Dios como primer referente de su servicio a los pobres, verá reducido considerablemente su nivel de nerviosismo y de stress. Más aún, su servicio será fuente de gozo y de confianza por la misma razón que ha hemos apuntado anteriormente.

Por aquí va la mística vicenciana. Ahora bien, ésta no se improvisa, sino que se prepara en la oración. Evidentemente, en la oración intensa y profunda. De lo contrario no impulsa a la contemplación en la acción. Si no es profunda, la oración tampoco lanzará al profetismo. Y no hablamos tanto de tiempo cuando de intensidad. La oración superficial sirve para mantenerse un poco, pero no da la experiencia de Dios, ni transforma a la persona por dentro, ni le lleva a encontrar a Dios en la vida. La oración profunda siempre termina transformando a la persona, es decir, el Señor termina por conquistar a la persona por dentro: cabeza, corazón y manos. La cabeza, porque se van adquiriendo los criterios y los valores evangélicos en contraposición a los del mundo. El corazón porque va creciendo en amor a los pobres, a las Hermanas y a Dios, hasta conquistar para Jesucristo la afectividad profunda de la persona. Y las manos porque el amor auténtico necesita expresarse en obras de servicio y de evangelización.

Todo está muy bien dicho en la C. 21: ...la oración diaria es uno de los momentos fuertes de la jornada...; las Hijas de la Caridad no pueden subsistir si no hacen oración...; hacen falta tiempos de silencio...En la oración diaria la Hija de la Caridad graba la imagen de Jesucristo en su corazón, en su mente y en la retina de sus ojos para reconocerlo después en el servicio que tenga encomendado. Es el mismo rostro de Jesucristo contemplado en dos actividades distintas, pero interconectadas entre sí: la oración y el servicio.

Padre Javier ALVAREZ
Director general

Notas

ⁱ IX, 240; conferencia a las primeras Hijas de la Caridad del 13 de febrero de 1646 sobre el amor a la vocación; cf. IX, 916, 1193-1194; 25; XI, 726.

ⁱⁱ IX, 240.

ⁱⁱⁱ IX, 533.

^{iv} cf. F. QUINTANO, *En fidelidad a los orígenes. Retiro para los miembros de la Asamblea general, "Ecos de la Compañía"* julio-agosto 2003, 295-296.

^v cf. XI, 781-782.

^{vi} IX, 725; conferencias a las primeras Hijas de la Caridad del 1 de agosto de 1655 sobre la observancia de las Reglas.

^{vii} cf. J.A. GARCÍA, *Hogar y Taller. Seguimiento de Jesús y comunidad religiosa*, Ed. Sal Terrae, Santander 1985, 139-151.

^{viii} cf. J. A. GARCÍA, *En el mundo desde Dios*, Ed. Sal Terrae, Santander 1989, 107-120

^{ix} Tomado de P. COLLET, *La vie de Saint Vincent de Paul*, t. I, Nancy 1748, p. 479.

^x XI, 120; repetición de oración del 24 de julio de 1655.

^{xi} XI, 273; extracto de una charla a los misioneros en enero de 1657.

DESAFÍOS ACTUALES

Provincia de Austria

No necesitamos hombres que construyan muros,

“Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente. Pues muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia, y otros semejantes afectos y prácticas interiores de un corazón amante, aunque muy buenos y deseables, resultan sin embargo muy sospechosos, cuando no se llega a la práctica del amor efectivo... Hemos de tener mucho cuidado en esto; porque hay muchos que, preocupados de tener un aspecto externo de compostura y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios, se detienen en esto; y cuando se llega a los hechos y se presentan ocasiones de obrar, se quedan cortos... No, no nos engañemos: Totum opus nostrum in operatione consistit”. (SV XI-4, 733)

En 1948, las Hijas de la Caridad de la Provincia, abren en Graz un Jardín de infancia bajo el patrocinio de la Santísima Virgen. En él, acogen un centenar de niños.

En mayo de 1966, para responder a las nuevas normas el Jardín de Infancia se convierte en escuela maternal constando de 4 clases.

17 años más tarde, las Hermanas abren una clase especializada para 15 niños minusválidos.

Durante los últimos años, debido a la evolución de la sociedad las Hermanas acogen, cada vez más, a niños de diferentes países. Las Hermanas han tenido que responder a los nuevos desafíos pedagógicos y sociales.

Hoy, las Hermanas acogen a 125 niños de 34 nacionalidades diferentes, repartidos en 5 clases. El 80% no tienen como lengua materna el alemán, situación que nos ocasiona numerosos problemas:

- Un gran número de emigrantes de diferentes orígenes (*padres que han dejado su país en condiciones dramáticas debido a la guerra o a persecuciones, familias que han huido de la pobreza para ofrecer a sus hijos un futuro mejor, a la espera de un permiso de trabajo*). El futuro incierto les conduce a la depresión, lo que hace que la comunicación sea porque muchos de ellos no ven la necesidad de aprender el alemán.

- Ante esta situación, las familias de lengua alemana, preocupadas, temen que se favorezca en primer lugar a los niños extranjeros y que sus hijos no reciban una enseñanza de calidad.

Sin cesar, las Hermanas están confrontadas a este tipo de cuestiones y deben encontrar las respuestas adecuadas.

¿Es verdaderamente fácil hablar de un sólo mundo, cuando los mundos, las lenguas, los sistemas de educación, son diferentes? Nosotras mismas estamos inmersas en esta conflictiva situación, ¿cómo solucionar a diario este desafío?

Para conseguir una buena integración, nosotras pensamos que es necesario:

***Ver al extranjero como una riqueza y no como un peligro**

Para muchos niños la integración en el Jardín de infancia se facilita gracias al compromiso de un personal de origen extranjero favoreciendo así la mezcla de culturas. El tener en cuenta la lengua materna, da una cierta familiaridad a este nuevo entorno. Las diferencias culturales de los niños son explotadas en los ámbitos más variados como la cultura, el alimento, la vivienda, las relaciones humanas, el tiempo libre. Nuestro objetivo es el de despertar el interés por las diferencias. Para ello es esencial el trabajo con nuestros colaboradores extranjeros. A diario integran en el programa cantos, juegos y danzas de diferentes países. De ese modo los niños de lengua alemana aprenden canciones rusas o turcas, lo que despierta en ellos un interés por las otras lenguas. Durante los juegos, los niños preguntan: “en tu lengua, ¿cómo se dice coche, cómo se cuenta hasta 10?” Esta espontaneidad de los niños nos muestra cómo se pueden construir puentes interculturales.

***Respetar otros modos de pensar diferentes**

La tolerancia es la condición previa para acoger positivamente: modos de pensar, religiones o nacionalidades distintas. Cuando se trata de cuestiones éticas, religiosas o culturales, las personas reaccionan de un modo particularmente sensible porque se trata de las raíces de su identidad. En primer lugar hay que vencer el miedo a lo desconocido, cultivar la confianza, ir del *yo* al *tú*, no estar *uno al lado del otro* sino *juntos*. Muchas familias se sienten sobrepasadas por este desafío. Además del trabajo pedagógico, nuestra misión educativa es apoyar a las familias de los niños.

Un ámbito particularmente sensible es el de la religión y las fiestas religiosas. La convivencia de las diferentes religiones nos plantea un desafío: “¿Es posible hacer algo juntos? El Cardenal Köning decía: « *Cuando era joven, no conocía las otras religiones más que por los libros. Ahora los diferentes interlocutores del diálogo interreligioso son nuestros vecinos y compañeros. Cada uno debe preguntarse lo que significa ser católico entre tantos otros creyentes. Es una de las grandes cuestiones del 3er milenio*”.

Comprometidas en un establecimiento católico, velamos por el desarrollo de la estima y el aliento en las relaciones inter-religiosas. Igualmente ofrecemos a los niños proposiciones de acceso a la fe cristiana familiarizándolos con Jesús, con la historia de su vida y con el amor de Dios a los hombres. Celebramos las fiestas y las tradiciones cristianas reconociendo las riquezas de otras fiestas religiosas. Visitamos distintos lugares de culto. Es importante que cada uno esté bien afianzado en su religión, sólo así es posible vivir su fe y abrirse a otros creyentes.

Para entenderse bien y estimarse, el aprendizaje de la lengua juega un papel importante. Para los niños que no son de origen alemán, es importante que dominen bien su lengua materna, base esencial para el aprendizaje de otra lengua; para nosotros: el alemán. Por esta razón, también los padres deben utilizar su lengua materna con sus hijos. Sin embargo les proponemos cursos en los que el alemán se enseña con métodos lúdicos, lo que les permite comunicarse con otros padres. En cambio, para las informaciones y las entrevistas importantes, nos servimos de intérpretes. Los padres cuyos hijos han frecuentado nuestro Jardín de infancia, voluntariamente aceptan asumir su papel de intérprete. Para muchos, es una manera de agradecer lo que hemos hecho por sus hijos.

Nuestro trabajo permite contribuir a una cultura de la paz y dar testimonio a los hijos y a los padres: “incluso si somos diferentes, todos somos queridos y amados por Dios”.

A modo de conclusión, citamos un poema de Derya Tunc:

*Tú dices: “no es mi país” y yo me pregunto: “¿Dónde está mi patria?
Tú piensas que yo no hablo bien el alemán pero ¿qué lengua hablas bien tú?
Tú reniegas siempre contra nosotros pero, ¿nos conoces bien?
Ustedes piensan que queremos sus casas y sus empleos pero lo único que queremos es vivir en paz.
Tu piensas... ustedes piensan...
¿Por qué no pensamos lo mismo?
¿Por qué no podemos sencillamente vivir juntos en paz?*

Sor Roswitha BAUER
Hija de la Caridad

Desafíos actuales

Provincia de Cerdeña (Italia)

Al servicio de una de las esclavitudes del tercer milenio

El tráfico de personas humanas

En este comienzo del tercer milenio, nuestra sociedad debe tomar conciencia de que todavía existe una terrible plaga social: “el comercio” de personas humanas, nueva forma de esclavitud que no respeta ningún derecho humano. Esta realidad está hecha de violencia, de intimidación, de dominación, de abuso de las personas. Fuera de los límites del tiempo y del espacio, reduce inexorablemente a la persona humana al estado de cosa y de objeto de consumo. La mujer es transformada, pura y sencillamente, en un objeto de consumo para placer de algunos. Se convierte en capital financiero para estas asociaciones criminales, instrumento de satisfacción egoísta para los clientes. Privada de su dignidad, es víctima de un tráfico. El comercio de personas humanas es una “industria” que destruye física y afectivamente a sus víctimas.

Después de haber esperado un porvenir mejor para ellas y su familia, las mujeres víctimas de la prostitución, se encuentran, de hecho, privadas de todos los derechos elementales fundamentales: violadas en su dignidad, su identidad y su feminidad, frustradas en su derecho a la vida, a la seguridad y a la felicidad, sometidas a condiciones de trabajo degradantes, extenuantes y peligrosas, no disponen de un estatuto jurídico y son obligadas, bajo amenazas y malos tratos, a un estado de total dependencia con respecto a criminales sin escrúpulo.

Las Hijas de la Caridad de Cerdeña al servicio de estas mujeres heridas

Cuando estas mujeres jóvenes llegan a las casas de acogida de las Hermanas, muestran signos de desequilibrio físico y psicológico. Su medio de autodefensa se expresa mediante reacciones violentas de cólera o de arrogancia, signos de una gran vulnerabilidad; todo ello acompañado de un sentimiento de culpabilidad, vergüenza y humillación por lo que han vivido: se sienten siempre esclavas y marginadas; la soledad y un sentimiento de abandono las acompaña siempre. Al principio, dada la poca estima de ellas mismas, no manifiestan ningún signo de interés particular, se muestran más bien apáticas y sin deseo; algunas llegan, incluso, a odiarse y a desear la muerte. Este año, una joven recién llegada intentó suicidarse tres veces.

Al sentirse juzgadas y culpabilizadas por el mundo que las rodea, tienen una gran necesidad de sentirse valorizadas, pero no llegan a encontrar la confianza en ellas ni en los demás. Al tener su personalidad rota, han perdido el sentido de su propia dignidad y la capacidad de respetar las reglas más elementales de la vida en común. Les es imposible reconstruir rápidamente su identidad. Se necesita mucho tiempo para poder permitirles su integración a nivel social, profesional, cultural y espiritual. Nuestra misión es la de acompañarlas para ayudarlas a encontrar de nuevo su capacidad de vivir, reanudando relaciones constructivas con los otros, sobre todo con la familia, e intentando reintegrarlas en el mundo del trabajo. Al encontrar de nuevo una plaza en la sociedad, pueden regularizar su situación civil, proporcionándoles los expedientes necesarios para encontrar una vivienda o para volver al país de origen.

Proyectos iniciados por la Provincia: tres Casas de Acogida donde estas mujeres heridas son sucesivamente acogidas.

1.- En Nulvi: la casa « de fuga »

Es el primer lugar de acogida para estas jóvenes mujeres que huyen de su « puesto de trabajo ». Allí reciben un primer apoyo para su reequilibrio, cuidarse y hacer las gestiones en la policía.

¿Cómo llegan al centro? Gracias a los **Equipos de la calle.**

En Cagliari, Sassari y Olbia, los Equipos que trabajan en la calle, constituyen la primera posibilidad de acercamiento de las jóvenes prostitutas.

Colaboradores seglares, protegidos por la Policía, las buscan de noche, allí donde, heladas y desnudas, esperan a sus clientes. Estos equipos les ofrecen un contacto humano y personal, una escucha, les proponen diversas soluciones a sus problemas y la dirección de la Casa de “Fuga” donde las Hermanas las acogen.

Estas jóvenes que han vivido tantas humillaciones y frustraciones, necesitan una curación interior llevada a cabo con comprensión y misericordia. Los equipos de trabajo de la calle, no las juzgan ni las condenan, sino que las acogen tal y como son y se esfuerzan por suavizar sus heridas y darles confianza y esperanza. En este mundo tan doloroso del “tráfico”, estas mujeres interpelan a los Equipos de trabajo en la calle y les piden que sean un signo visible de la presencia de Dios, hacerles ver otro horizonte. Piden sean, con respecto a ellas, expertos en humanidad a fin de hacer emerger la verdadera obra maestra de Dios, escondida bajo sus pobres apariencias en ruinas.

2.- En Flumini de Quartu: una casa de acogida (una ex-colonia de vacaciones)

En Flumini de Quartu, ciudad a las afueras de Cagliari, el Centro « Santa Luisa » funciona como una segunda acogida: allí, las jóvenes, procedentes de la “Casa de fuga” de Nulvi, participan en un proyecto educativo cuyo objetivo final es una preparación profesional o cultural y la inserción en el mundo del trabajo.

3.- En Cagliari: otra casa de acogida

Este año, esta casa de acogida de Cagliari, cuenta con 5 jóvenes madres. Además, cada vez recibimos más peticiones de mujeres embarazadas, varias de nacionalidad africana, que muestran una energía y tenacidad impresionantes: con todas sus fuerzas rechazan el aborto. Para defender a su bebe, encuentran la fuerza para escapar de su perseguidor, aun conociendo los riesgos y las dificultades a las que se exponen. (Actualmente en la casa de acogida de Nulvi, una joven también espera un bebé).

Desde hace dos años, las Hermanas acompañan también a mujeres extranjeras reducidas al estado de esclavitud por razones de trabajo o de familia. En Cerdeña, estas situaciones actualmente se multiplican: mujeres, traicionadas por sus conciudadanos, llegan a los lugares de trabajo donde se encuentran solas y sufren violencias físicas, psicológicas, sexuales e incluso amenazas hacia su familia, que quedó en el país. Obligadas a trabajar hasta 16-17 horas diarias sin remuneración, viven en cuchitriles sin ventana y sin luz. Sus únicas relaciones son las de sus jefes, que las tratan duramente y no les dan más que una comida al día.

El Papa Juan Pablo II lanzó frecuentes llamadas, pidiéndonos que tomáramos conciencia de los nuevos desafíos y de los nuevos campos de acción que la sociedad de hoy propone a la actividad evangelizadora de la Iglesia. En varias ocasiones, denunció el tráfico de mujeres y niños por abuso sexual, calificándolo de problema particularmente odioso de nuestra sociedad en razón de la violación de los derechos y de la dignidad de la persona humana; animando a comprometerse celosamente en este ámbito:

“En efecto, son muchas en nuestro tiempo, -decía- las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana...El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que El dirige desde este mundo de la pobreza...Es la hora de un nueva « imaginación de la caridad », que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre”. (Novo Millennio Ineunte n° 50)

« ¿Quién puede negar - dice aun el Papa Juan Pablo II - que las víctimas de este crimen no sean a menudo los miembros indefensos, los más pobres de la familia humana, los últimos entre nuestros hermanos? » (15.05.2002)

Sor Ignazia MISCALI
Corresponsal de los Ecos

Visita de los Superiores

Madre Evelyne Franc, Superiora general
y Sor Blanca Libia Tamayo, Consejera general

Visita a la Provincia de Ecuador
16 al 21 febrero de 2009

“Dios es un abismo de ternura, y se manifiesta a través de hechos concretos, Él conoce el día y la hora”. Cuando la Provincia del Ecuador acababa de vivir, hace tan solo unos días, una gran prueba con la destrucción, por un incendio, del colegio San Vicente de Paúl, en Riobamba, es este el momento que Dios ha escogido para la primera visita de Nuestra Madre a la Provincia; hay revueltas en el país debido a la crisis financiera mundial; la política del gobierno no es favorable a la Iglesia. En medio de esta situación, la Provincia acoge el paso de Sor Evelyne Franc y de Sor Blanca Libia como si del paso de Dios se tratara.

Cuando se fijó la fecha, toda la Provincia se preparó para recibir la visita en la alegría y la oración. Después de un largo viaje de 22 horas, Nuestra Madre y Sor Blanca Libia, pisaron, el 16 de febrero a media noche, suelo ecuatoriano. La Visitadora, Sor Piedad Rojas, y los miembros del Consejo provincial, fueron al aeropuerto para acoger y dar la bienvenida a la actual representante de Santa Luisa de Marillac; Madre Evelyne es para nosotras la garantía de la continuidad del primer amor desde la fundación.

Al día siguiente, las Hermanas de la Casa Provincial están impacientes por conocer a Nuestra Madre. Durante la Eucaristía de bienvenida, el Padre Edmundo Burbano, Director Provincial, dijo: *“La visita de Sor Evelyne a Ecuador, su presencia, nos produce un inmensa alegría, es el corazón de una madre que se encuentra con sus hijas, la voz que sostiene en los momentos difíciles y dolorosos, la palabra que anima y reconforta para continuar luchando, el gesto profético que invita a trabajar sin desfallecer en la obra de la liberación de los pobres”*.

Más tarde, las Hermanas de la Casa provincial dan la bienvenida a Madre Evelyne y a Sor Blanca Libia. Desde los primeros instantes, apreciamos su sencillez y amabilidad.

Esta primera jornada estuvo reservada:

-al Consejo provincial: intercambios, encuentros personales con cada miembro de la Curia, etc.
-al Seminario: las 8 Hermanas del Seminario dicen a Nuestra Madre: *“En Usted nosotras sentimos como si Santa Luisa viniera a vernos, como lo hacía con las primeras Hermanas”*. Sor Evelyne les responde invitándolas a hablar de su experiencia. Después de haber escuchado a cada Hermana, subrayó algunos puntos importantes para la formación.

El 18 de febrero por la mañana, Monseñor Néstor Herrera, (antiguo presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, Obispo de Machala) preside la Eucaristía y dice: « Madre, su visita es para nosotros una invitación a crecer en el amor a Dios y a nuestros hermanos y hermanas. Que su paso por Ecuador, estimule a las Hermanas de la Provincia en su misión y en su testimonio fraterno”.

Seguidamente, Nuestra Madre se reunió con las Hermanas Sirvientes. La Visitadora introduce este momento: *“La primera expresión que me brota del corazón es agradecer a Dios por su presencia entre nosotras, querida Sor Evelyne, por primera vez en tierra ecuatoriana. Las primeras Hijas de la Caridad procedentes de la tierra de nuestros Fundadores llegaron en 1870 Tuvieron que vencer múltiples dificultades. Actualmente en la provincia somos 391 Hermanas, comprometidas en el servicio a los pobres, en la educación, la salud, en la pastoral social y misionera. Tenemos 55 comunidades locales. Las recibimos con alegría, agradecimiento, entusiasmo y esperanza”*.

Después de estas palabras, Sor Evelyne subraya algunos puntos esenciales de la misión de la Hermana Sirvienta como animadora de la comunidad local. Su mensaje es preciso, evangélico y vicenciano, y será seguido de un intercambio antes del almuerzo.

Más tarde, visita a las Hermanas mayores del “Oasis Marillac” donde admira su testimonio de fidelidad, sencillez y creatividad. Dirigiéndose a cada Hermana con una palabra alentadora. Por último,

Nuestra Madre se reúne con las Hermanas jóvenes en Gethsemani. Les habla de la fe, la alegría, la compasión... En un clima de confianza se establece fácilmente el diálogo.

Jueves por la mañana, la Eucaristía fue presidida por el arzobispo de Quito, Primado de Ecuador, Monseñor Raúl Vela. En su homilía dijo: *“¡Gracias Madre por su visita, sus palabras, sus pensamientos! Hoy estamos de fiesta, porque recibimos a “la primera servidora de la comunidad”. Estamos de fiesta porque celebramos la Palabra de Dios y la Eucaristía. Apreciamos su amor por Ecuador, y puedo decirlo con espíritu de fe: su presencia entre nosotros, es una gracia para nosotros. Estamos contentos porque ha podido ver a sus Hermanas y animarlas con sus palabras en un intercambio espiritual, ¡gracias! Que el Señor le conceda los dones necesarios para su misión. No olvidamos, nosotros que somos de Riobamba, esta terrible prueba de la destrucción del Colegio San Vicente de Paúl. No olvidamos tampoco de qué modo el suelo ecuatoriano ha sido fecundado por la sangre y la vida generosa de once Hijas de la Caridad que murieron a causa de la peste en 1939.”*

Luego, Sor Evelyne se reunió con las Hermanas de la Provincia. Al estar próxima la Cuaresma y la Renovación de los votos, habló del lugar que damos a la conversión en nuestra vida de Hija de la Caridad. Después de su intervención hubo un diálogo. Durante la mañana, Nuestra Madre visitó a las Hermanas enfermas de la Casa de Descanso “Sor Emilia Zumárraga”. Compartió las alegrías y las cruces de las Hermanas, animándolas a seguir su ruta. Por la tarde, las Hermanas mayores y enfermas tienen la alegría de su visita en la Casa “Betania”. Nuestra Madre da noticias de la Compañía, les agradece sus oraciones y sacrificios y dedica tiempo para detenerse con cada Hermana: cada una le expresó a su manera, respeto y cariño. El día termina con una visita al “Barrio Vicenciano”. Allí, los niños, los jóvenes, los adultos, los colaboradores, las postulantes y las Hermanas la acogen con alegría. Infatigable, Nuestra Madre escucha con atención a los pobres y a las Hermanas. Está un ratito con las Postulantes y Hermanas mayores que viven en este barrio.

Al día siguiente, la jornada comienza por un tiempo de oración en el que pedimos a Dios que nos acompañe. Sor Evelyne se reúne con las Hermanas. Una de ellas le dice *“¿Qué diría un niño que ve llegar a su madre a la que no ha visto más que en las fotos? No es que usted sea una Madre que forma parte de los emigrantes, mas bien usted es una madre itinerante mediante vuestra fecundidad espiritual. Quisiera decirle que el ejemplo de nuestras Hermanas mayores y el acompañamiento de nuestros Superiores nos ayudan a descubrir nuestra misión: amar y defender a los pobres, según las capacidades de cada una. Todas, necesitamos sus consejos y sus palabras de animo para ser las Hijas de la Caridad que Santa Luisa y San Vicente deseaban.”*

Después de un intercambio con las Hermanas, Nuestra Madre dedica un tiempo para recibir a las que lo desean. Por la tarde, es la clausura de la visita en el Consejo provincial, la Eucaristía es celebrada por el Padre José Luis García, Visitador de los Padre de la Misión.

La visita termina el 21 de febrero con la Eucaristía celebrada por el Padre Walter Eras, provincial de los Padres Franciscanos. En la homilía dice: *“Hoy es el día de de la marcha, ¡es necesario volver a la vida ordinaria! Sentimos al mismo tiempo la alegría de la visita y la tristeza de la separación, pero sobre todo nos queda la esperanza, nos queda el deseo de sembrando para responder a la llamada de Dios en este mundo de hoy.”*

Damos gracias a Dios por todo lo que hemos recibido a través de las reflexiones, de los intercambios, por la viva esperanza de la que la Provincia se ha beneficiado durante esta visita, por haber tenido noticias de toda la Compañía, de nuestras Hermanas de otros países. Tenemos un recuerdo especial por lo que hemos recibido de Madre Chiron. Gracias a todo esto, nos hemos sentido más unidas que nunca.

Sor María Inés AREVALO ESTRADA
Hija de la Caridad

Testimonio de las Hermanas

Provincia de Francia Norte

Ensancha el espacio de tu tienda

¡Ensancha el espacio de tu tienda, despliega tus lonas no te detengas, alarga tus cuerdas, afirma tus estacas! Porque a derecha y a izquierda te expandirás! (Is 54, 2-3).

“Es Dios quien ha querido esta Compañía de jóvenes de diferentes países y que no formasen entre ellas más que un solo corazón” (St Vicente 13 de febrero de 1646).

“Calzar ‘sandalias evangélicas’ para responder a las llamadas del Señor” (Madre Evelyne).

“El aprendizaje de una de estas tres lenguas: inglés, español, francés, para simplificar progresivamente la comunicación oficial en la Compañía y la organización de los encuentros internacionales» (Líneas de Acción 2003-2009).

Queremos compartir la experiencia que hemos vivido nosotras dos en estos dos países diferentes: Polonia y Kosovo. En efecto, respondiendo a la petición de Nuestra Madre, hemos intentado enseñar las bases de francés a las Hermanas de estos países.

Sin embargo ni la una ni la otra tenemos ya veinte años; no sabemos ni polaco ni albanés, por eso podrán comprender que tuviéramos un cierto temor. ¡Nos era imposible partir sin una buena preparación! El objetivo era transmitir el “gusto” y la motivación por aprender las bases del francés.

Es cierto que una de nosotras ya conocía Kosovo por haber pasado un mes con una asociación humanitaria, pero no conocía el albanés; además, tenía una formación de enfermera y no de profesora. De ahí la necesidad de hacer un esfuerzo personal con una seria preparación:

- Por un conocimiento geográfico, histórico, socio-cultural de estas regiones y de la Compañía en estos dos países, esforzándonos por eliminar todas las ideas preconcebidas que pudiéramos tener.
- por aprender algunas nociones de la lengua.
- por intercambiar con familias de estos países que viven en Francia y que conocemos.
- por documentarnos, escoger un método de francés lengua extranjera y trabajarlo.

Fácilmente hablamos de “la inculturación”, llegó, pues, la hora de experimentarla: sentirse “extranjero” por la lengua, los usos y costumbres, las costumbres alimenticias... y para las Hermanas de allí: acoger a una Hermana llegada de París. La acogida calurosa y fraterna que recibimos facilitó esta inculturación. Rápidamente, nos pusimos a trabajar con diferentes grupos: aspirantes, postulantes, Hermanas del Seminario, del juniorado y Hermanas que deseaban aprender francés. Todas estaban muy motivadas por superar las complicaciones de la lengua francesa y la mayoría llegaron a expresarse en francés y estuvieron muy contentas de poder escribir para compartir su misión y su agradecimiento.

Hemos podido compartir nuestras experiencias y servicios con las Hermanas que hablaban francés y podían traducirles a las demás. La misión de las Hijas de la Caridad en Polonia, Ucrania y Kosovo es verdaderamente un servicio a los más pobres: jóvenes, adultos muy deficientes, enfermos hospitalizados en condiciones precarias y costosas. La renuncia y entrega de las Hermanas nos ha impresionado profundamente. Les agradecemos el habernos permitido acompañarlas en los diferentes Comunidades y servicios. También hemos constatado la importancia que tiene para ellas dedicar tiempo para crear “proyectos” a fin de obtener medios para servir mejor a los pobres.

Algunas semanas después de nuestro regreso, podemos decir de inmediato que esta estancia ha ampliado nuestros horizontes. Nos hemos enriquecido con otras culturas...la acogida y la sencillez de la gente y de las Hermanas nos han llegado directamente al corazón. Por otra parte, hemos encontrado la pobreza más “dura” que en Francia y los medios para combatirla ínfimos. Nuestra mirada ha cambiado; ahora traspasa las fronteras del hexágono.

Sor Marie-Renée COMBOURIEU y Sor Marie-Renée LELIEVRE
Hijas de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Hungría

Una Hija de la Caridad, Sor Romana
Defensora de la educación musical

En 1971 conocí a Sor Romana, cuando estuve estudiando en Hungría. Sor Romana vivía en un pequeño apartamento de Budapest y parecía tener alrededor de ochenta años. Era animada y nos hablaba con energía. Al final de nuestra visita, nos enseñó dos fotografías pequeñas de ella en compañía de Kodály y su esposa Emma. Sor Romana murió en 1974 a los 88 años.

Zoltán Kodály tuvo muchos estudiantes excelentes. Estos estudiantes se remontan a los años 1920 y 1930 hasta los años cincuenta, años en que Kodály enseñó en la Academia de música de Liszt en Budapest^{xi}. Con motivo de mi larga trayectoria en la educación musical de Kodály, poco a poco fui consciente de la importancia de una mujer que estuvo muy pronto unida a su gran empresa.

Tomé conciencia como miembro de la Compañía de las Hijas de la Caridad: Sor Romana tuvo un papel significativo en la difusión de la obra de Kodály en Hungría. Desafortunadamente los años pasan y ella fue completamente olvidada.

Durante una reciente visita a Budapest en marzo de 2006, para el 30º Aniversario de la fundación de la Sociedad Internacional Kodály, pude visitar la Casa provincial de las Hijas de la Caridad y reunirme con su archivista, Sor Klára Visy. Ella tenía la documentación sobre Sor Romana, e informaciones sobre el Instituto Ranolder. Este artículo está principalmente fundado en esos documentos, y también de las fuentes de primera mano que recibí de Sor Romana durante nuestro primero y único encuentro en 1971.

Fundado en 1883 y dirigido por las Hijas de la Caridad, el Instituto Ranolder fue una de las instituciones educativas más importantes de Budapest. En 1910, Sor Romána comenzó por enseñar matemáticas, física y geografía en el Instituto Ranolder. Su don para la música, la llevó a estudiarla seriamente; recibió su Diploma de enseñanza musical de la Academia de Música Liszt. De talento y excelente organista, Sor Romana muy pronto reconoció la importancia de las composiciones de Kodály y de Bartók. Fue también una de las primeras en utilizar el método del “solfeo” en las clases musicales. Sor Romána organizó el primer concurso de canto folklórico, que tuvo lugar el 7 de junio de 1939 en el Instituto Ranolder. En 1940, Sor Romana se convertirá en la Directora del Instituto Ranolder.

Kodály visitaba frecuentemente el Instituto y se reunía con Sor Romana. En 1974, durante una entrevista, Sor Romana cuenta: *“Kodály a menudo venía a nuestros ensayos de coral. Lo acogíamos con mucho cariño y cuando entraba en la sala, la coral cantaba una melodía a cinco voces sobre el texto “En el Nombre del Señor” seguido de “Laudate Jesum Christum”.* .

Con motivo de la calidad artística de la coral de Sor Romana, Kodaly descubrió que los niños podían interpretar composiciones corales difíciles.

En 1943, el Instituto Ranolder celebró su 50º aniversario. Esta ocasión fue conmemorada en un libro que presenta la historia de la escuela y la descripción de todos los programas y actividades musicales. Sor Romána fue mencionada como Directora de la escuela (posición que mantuvo hasta que ocho años más tarde el gobierno cerró la escuela^{xi}). El instituto Ranolder fue confiscado y las Hijas de la Caridad de Hungría fueron disueltas).

Algún tiempo después de esta celebración, Sor Romána comenzó a preparar la escuela con miras al Festival Internacional de canto coral que debía tener lugar en Berne, Suiza, del 23 al 27 de abril de 1948. El programa dado por Sor Romána es un documento muy atractivo de 13 páginas, presentando la historia de la Coral Ranolder y da las siguientes informaciones:

« Durante estos cincuenta años de existencia del Instituto Ranolder, numerosas escuelas han visto su comienzo: una escuela elemental, una escuela media, una escuela profesional, una escuela secundaria para las niñas y también un instituto de formación para maestros. El alumnado total de esta escuela se elevó a 1600 alumnos y estudiantes. Había tres corales diferentes. Estas tres corales trabajaban desde hacía años, armoniosamente juntas. Las corales combinadas, de un total de 300 miembros, tuvieron muchos éxitos bajo el nombre de Gran Coral de Ranolder ».

El magnífico programa, preparado por Sor Romána, presenta al Mundo Internacional de la Música la excelencia del programa de formación musical en Hungría. Desdichadamente, la mentalidad limitada del régimen comunista, empaña esta visión de brillo internacional. Poco tiempo antes del Festival de Berna, el gobierno negó al Coro Ranolder la autorización de participar.

Podrían escribirse todavía más cosas sobre esta mujer admirable, Sor Romána Csorda. Su trabajo con Kodály para difundir la educación musical en Hungría merece ser reconocido y publicado.

Sor Mary Alice Hein
Profesor emérito de la universidad del Saint Nom

**Los Fundadores:
Dos vidas diferentes y paralelas
con un mismo destino**

A lo largo de la historia de la humanidad el Hijo de Dios continuamente ha buscado en la tierra a quiénes podría encargar la misión de liberar de la pobreza a los indigentes. A finales del siglo XVI se fijó en dos seres humanos, un hombre y una mujer. Ella era del norte de Francia, él del suroeste. Pero sabía que se encontrarían en París. Este encuentro era necesario para fundar la Compañía de las Hijas de la Caridad, uno de los puntales en la misión de salvar a los pobres en lo humano y en lo divino^{xi}. ¿Quiénes eran este hombre y esta mujer? Ella se llamaba Luisa de Marillac y él Vicente de Paúl. Sus vidas eran muy distintas, pero iban a caminar paralelamente hacia el mismo destino, como si estuvieran dirigidas por una fuerza divina que Vicente de Paúl llamaba Providencia.

SAN VICENTE DE PAÚL

Vicente de Paúl nació en el pueblo de Puy, cerca de Dax en las Landas de Gascuña. No se puede aplicar al campesino del suroeste francés la situación social y económica que los historiadores aplican a los campesinos del resto de Francia. El País Vasco, Bearne, Guyena y Gascuña eran *Países de Estado* con Parlamento, administración y tributación autónomos que habían creado un campesinado propietario de sus tierras sin que apenas hubiera arrendatarios. La familia de Paúl no era pobre, aunque sí pauperable, como todo campesino, en tiempos de guerra o malas cosechas. Por parte de su madre, parece que los Moras eran burgueses y Señores de Peyroux^{xi}, a 20 kms. al sur de Dax, con una serie de derechos sobre los habitantes y tierras del pueblo, como la justicia, el orden, la imposición de su horno, molino, lagar, etc. por los que recibían tributos, al tiempo que se liberaban de muchos impuestos. Parece también que varios hermanos de su madre eran abogados y funcionarios y que alguien de la familia Moras, acaso los abuelos de Vicente de Paúl, tenía casa en el pueblo de Puy.

Por parte de su padre, los Paúl eran campesinos fuertes, con tierras, bosque y ganado en Puy y en otras partes cercanas a Dax, como en el pueblo de Saint-Paul. Al ser una familia de funcionarios, burgueses y campesinos pudientes, se supone que tenía influencias en el entramado social. Por eso se puede decir que Vicente de Paúl pertenecía a una familia capacitada y autorizada por la costumbre y la mentalidad social de la época para aspirar a más y medrar en la escala social y eclesial sin contradecir al evangelio. Así lo vemos igualmente en las familias de Saint-Cyran, Bérulle, Francisco de Sales, Arnauld, Marillac, Attichy, etc. Y así lo pretendieron san Vicente y santa Luisa para el hijo de ésta, Miguel Le Gras. Esta costumbre únicamente era realizable para las familias que podían tener influencia en la colación de beneficios clericales que pertenecían al rey, a los nobles, a la alta burguesía o al alto clero. Y si era realizable, quiere decir que se consideraba normal. Añadamos que lo corriente en aquel siglo era que los segundones de estas familias entraran en la administración pública, en los conventos o en el estado clerical. Ninguna de estas aspiraciones se oponía directamente al evangelio, porque entonces era impensable la separación de mundo y trascendencia. La sociedad francesa era de tipo sacral; lo sagrado lo impregnaba todo y no había distinción entre social, político y religioso. A finales del siglo XVI, tener o no tener vocación dependía generalmente del beneficio familiar y de las necesidades de la Iglesia. Santo Tomás y el Concilio de Trento tan sólo le piden al sacerdote moralidad de vida y ciencia para desempeñar su ministerio^{xi}. La noción de una vocación personal fue una novedad en la Francia del siglo XVII introducida por Bérulle, y propagada por Olier, Bourdoise y los oratorianos, sulpicianos y sacerdotes de San Nicolás de Chardonnet.

La familia Paúl-Moras, a iniciativa del señor Comet, -emparentado colateralmente con los Moras- para mejorar la situación social de la familia, escogió el estado clerical para Vicente con su asentimiento. ¿Por qué? Pienso que, por un lado, le consideraron con capacidad suficiente para llevar los estudios eclesiásticos y llegar alto en la Iglesia. Cuando, a los quince años, fue a estudiar al colegio de Dax, pasó de

golpe tres cursos y en sólo dos años se preparó para estudiar teología, además de considerársele con aptitud para ser preceptor de los hijos del juez Comet. Lo cual supone que de niño, aunque guardara el ganado, tuvo profesor particular, bien en su casa, bien, y es lo más probable, en las temporadas que pasaba en casa de sus abuelos maternos.

Y por otro lado, porque vieron en él cualidades piadosas. A pesar de aparecer en el futuro con un carácter sombrío y brusco, tenía un temperamento afectivo y compasivo: devoción infantil a la Virgen, limosnas de puñados de harina o de 30 sueldos a los pobres, lágrimas cuando, a sus veinte años y recién ordenado sacerdote, va a Roma y ve la tumba de los apóstoles, llanto cuando visita a sus parientes y renuncia a ayudarlos económicamente. Años más tarde exclamará: “¿Piensa usted que no quiero a mis parientes? Les tengo todos los sentimientos de ternura y de cariño que otro cualquiera puede tener por los suyos, y este amor natural me apremia bastante para que les ayude”^{xi}. Era un joven bueno que pensaba cumplir las obligaciones sacerdotales y también, sin duda, buscar el bienestar material de la familia que, para la gente de entonces, no se oponía a una vida sincera de sacerdote, como tampoco hoy día se opone al evangelio el deseo de familias buenas de que sus hijos estudien, se gradúen y aspiren a puestos de relieve en la sociedad y en la Iglesia.

Tampoco se oponía para Vicente de Paúl, cuando ya era santo, en 1638, y escribía a santa Luisa sobre el futuro de su hijo Miguel: “He hablado con el señor Pavillon de su hijo; creo que es conveniente que acabe la teología, que se haga sacerdote, que se ejercite algún tiempo en los ejercicios de piedad convenientes a los eclesiásticos y, una vez hecho esto, no pongo ninguna dificultad en que el señor Pavillon lo reciba. Aparte de esto, el joven sería inútil a dicho señor Pavillon y tendría una pena insoportable viéndose en unas montañas en la extremidad del reino, sin hacer nada, e inútil para todo cargo. En nombre de Dios, señorita, créamelo: yo sé lo que es esto. Espero que, si su hijo hace lo que acabo de decir, no le faltarán buenos empleos; si Dios quiere mantenerme en vida, le prometo cuidar de él como si fuera de mi sangre (XV, 19).

Parece que san Vicente consideraba el anhelo humano de medrar en la vida como el resultado de una programación que hubiese hecho Dios al crear el universo y, de acuerdo con la naturaleza, quedase programado en el hombre el amor propio, la responsabilidad y la lucha por la felicidad personal, familiar y social como si la santidad no fuera nada más que vivir según la naturaleza humana programada por Dios^{xi}, cumpliendo, así, su voluntad.

Esta mentalidad podría explicar que, cuando va a su pueblo en 1623, sea atormentado por la tentación de estar faltando a la justicia, pues sus hermanos le echarían en cara que la familia había hecho una inversión económica en su formación, hasta vender una pareja de bueyes, para que después él la ayudara a medrar. Y como era una de las formas de invertir el dinero en aquella época, además del cariño humano que tenía a su familia, le asaltaría la injusticia que estaba cometiendo con ellos. Pero, por otro lado, él pensaba que, *si un eclesiástico posee alguna cosa se la debe a Dios y a los pobres* (XII, 219). Y así, para tranquilizar su conciencia y hacer justicia cedió a sus hermanos todos los bienes que había heredado de sus padres, más novecientas libras (XIII, 61ss).

A los 19 años es ordenado sacerdote. Cosa bastante común en aquel tiempo, dice el mismo san Vicente (XI, 118), y que a nadie escandalizaba, pues el Concilio de Trento aún no había sido admitido en Francia ni habían llegado los años de los grandes reformadores^{xi}. Ordenado sacerdote, intentó ser párroco de Tihl, una parroquia cercana a su pueblo natal. No lo logró, pero lo intentó. Aunque ciertamente la cura de almas era un beneficio con remuneración muy apetecida y quien lo lograba era un agraciado con buenas aldabas, no se debe concluir que fue para vivir cómodamente de sus rentas^{xi}. Que *únicamente* fuera por ese fin, es una afirmación gratuita. Cuando más tarde fue nombrado párroco en Clichy y en Châtillon, lo fue de verdad.

La Providencia ya tiene al hombre que buscaba. De haberse quedado en Tihl, no habría podido fundar la Compañía de las Hijas de la Caridad. No sólo porque una Asociación o cofradía, para que tuviera raigambre y se extendiera, tenía que ser parisina y no provinciana, sino porque no se hubiera encontrado con Luisa de Marillac, tan necesaria como él para su fundación, organización y dirección. Ese hombre,

además, tiene las cualidades de un campesino, necesarias para fundar una Compañía de mujeres consagradas para el servicio de los pobres, desconocida hasta entonces: tenaz, hábil e ingenioso para salir de las dificultades y buscar soluciones, de una familia acomodada capaz de ayudar a los pobres y con capacidad social para que fuera sacerdote, imprescindible -lo comprenderá después- para ser fundador de aquella revolucionaria Compañía. Acaso fue lo que les faltó a otras personas que lo habían intentado antes que él.

En Paris

A finales de 1608 llega a Paris. Parece que después de terminar sus estudios en Toulouse estuvo en Roma y, según cuenta él, dos años cautivo en Túnez. Aunque algunos biógrafos lo han puesto en duda, yo lo admito por la única razón que una aventura tan descabellada no podía contarla como cierta nada menos que a un juez y abogado de Dax, que podía verificarlo con bastante probabilidad. Vicente ya tenía 27 años cuando lo escribí y sabía lo que escribía. Era un hombre hecho y derecho, con una personalidad madura. Él se presenta como un sacerdote bueno, que quiere vivir bien su vida sacerdotal, aunque al estilo de entonces, y pienso que este trance doloroso logró avivar más la devoción sacerdotal que guardaba dentro de él y sintió en sus carnes los sufrimientos de los desgraciados.

En Paris, hacia 1602, comenzaban a bullir círculos de espiritualidad^{xi}. Uno de los más famosos era el que se reunía en el palacio de Bárbara Juana Avrillot, esposa de Pedro Acarie; de ahí el nombre por el que se la conocía, señora Acarie y, una vez viuda y haber profesado en las carmelitas, por María de la Encarnación (beata). Círculo frecuentado por su primo Pedro Bérulle, Andrés Duval, Ángel de Joygeuse, Benito de Canfield, Brétigny, Galleman, Miguel de Marillac, la marquesa de Maignelay -perteneciente a la familia Gondi- y otros espirituales. Todos ellos seguían las inspiraciones del cartujo dom Baucousin y la espiritualidad renanoflamenca a través de la *Perla evangélica*, el *Breve compendio* de Isabel Bellinzaga (Gagliardi), de la *Regla de Perfección* de Benito de Canfield y de los escritos de santa Catalina de Génova. La mayoría de ellos leía también los escritos de santa Teresa de Jesús, y algunos, los de san Juan de la Cruz.

Por lo que sucedió meses más tarde pienso que Vicente de Paúl tomó contacto con esos espirituales al poco de llegar a Paris o bien porque él buscaba directamente la santidad o porque ellos descubrieron en aquel joven sacerdote ansias de santidad y le invitaron a sus reuniones. Todos ellos buscaban la santidad -o como decía Bérulle, la *divinización*- a través de la oración contemplativa y el desprendimiento.

Los espirituales que acudían al Círculo Acarie, tenían influencias entre los nobles, para bien y para mal. Todo indica que a finales de 1609 o principios de 1610 el sacerdote Vicente de Paúl era considerado un sacerdote que buscaba a Dios; y los datos posteriores nos indican que se había dado a la oración bajo la dirección de Bérulle. En 1610 es nombrado uno de los muchos capellanes de la reina repudiada por Enrique IV, Margarita de Valois (Margot). En 1611 hizo los Ejercicios en el Oratorio y, aunque no se hizo oratoriano, Bérulle le consideró digno de sustituir al párroco de Clichy, Bourgoing, que entraba en el Oratorio, y por influencia también de Bérulle, al año siguiente fue nombrado preceptor de la poderosa familia Gondi.

La Noche mística del amor o santidad^{xi}

Los espirituales del círculo de Acarie vivían la oración y a ella se entregó Vicente de Paúl. Y en verdad que avanzó. Hacia 1614, siendo preceptor en casa de los Gondi, Vicente de Paúl aparece entrando en una Noche Mística que los biógrafos conocen como *tentación contra la fe*, pero que tiene todas las notas de ser la Noche Oscura de los Sentidos que san Juan de la Cruz^{vi} coloca como la puerta que introduce a la contemplación infusa llamada *oración de quietud*.

En esa Noche realiza el gran ofrecimiento de dar la vida por el otro, pidiéndole a Dios que le dé a él la situación dolorosa en que vive su amigo el teólogo que conoció siendo capellán en el palacio de la

Reina Margarita de Valois. Y Vicente de Paúl creyó que Dios había aceptado el ofrecimiento y le había cargado con las dudas de su compañero de las que se verá libre solamente mediante otro acto de amor: *consagrar su vida, por amor a Jesucristo, al servicio de los pobres*^{xi}.

Pero Vicente no entró en la santidad por haber hecho el ofrecimiento, sino que hizo el ofrecimiento porque ya había llegado a la santidad. En su caminar de cumplir la voluntad de Dios, desprenderse interiormente de todo afecto a lo creado y de entregarse a la oración, llegó a la Noche mística de los sentidos como una etapa común a todos los cristianos que siguen a Jesús. Y a ella hubiera llegado, aunque no hubiera hecho el ofrecimiento. El ofrecimiento fue el final del esfuerzo que estaba haciendo el joven sacerdote mediante la gracia y las virtudes teologales que había recibido en el bautismo para el encuentro con Dios. Con su esfuerzo y la gracia divina había alcanzado el desprendimiento interior de sí mismo hasta llegar a sacrificar su vida por aquel teólogo que sufría, y el Espíritu de Dios se le presenta en una contemplación infusa para ser Él mismo quien le purifique por medio de algunos de los llamados siete dones a través de una purificación llamada Noche mística y que algunos teólogos modernos, siguiendo a un contemporáneo y conocido de san Vicente, Luis Lallemant, llaman *segunda conversión*^{xi}. Y como un fruto de la santidad se ofrece a servir a los pobres que ya visitaba en estos años oscuros en el Hospital de la Caridad que los Hermanos de San Juan de Dios habían fundado en París. Y Dios le saca de aquella situación, porque así lo quiere para todos los que han llegado a esa etapa de la vida espiritual, como por dos veces san Vicente se lo insinúa a las Hijas de la Caridad (IX, 420, 424). O también podemos decir que Vicente, con las disposiciones o dones que había recibido en el bautismo acogió la fuerza del Espíritu divino y salió por sus propios pies de la Noche mística, porque, a pesar de las dudas, buscaba la santidad en el servicio a los pobres. Ya es santo y ama a los pobres, ya está preparado para la misión que Dios le encomendaba. Sólo necesita encontrarse con Luisa de Marillac.

SANTA LUISA

Luisa de Marillac era la otra persona que Dios necesitaba para salvar a los pobres de una forma determinada. Había nacido en 1591. Pocos meses antes de llegar Vicente de Paúl a París, en 1607, cuando Luisa tenía 16 años, fue a hablar con un capuchino de la rue de Saint Honoré. Desde hacía tres años vivía en una de las muchas pensiones que había en París para señoritas de clase media y que solían hacer ellas mismas las labores domésticas para no gravar el coste. Iba buscando una respuesta a una pregunta que le roía el corazón: ¿Por qué le había tocado a ella vivir su vida de sufrimiento? Y es que, como meditará tres años antes de morir^{xi}, *Dios le había dado a conocer que su santa voluntad era que fuese a Él por la Cruz que su bondad quiso que tuviera desde su mismo nacimiento, no dejándola casi nunca en toda su vida sin ocasión de sufrimiento*.

Y es que siendo hija ilegítima de un o una Marillac que hoy desconocemos quién era, fue acogida como hija por el jefe de la *Familia* Luis de Marillac, que la puso, a los pocos meses de nacer en el mejor colegio-convento de París y sus alrededores para que la educaran. Era necesario para ser fundadora y Superiora General de la Compañía. Bien formada en humanidades, podía redactar Reglamentos y memorias, escribir miles de cartas y admirar a las señoras de categoría social, presentarse ante obispos y ante los administradores civiles.

A la muerte de Luis de Marillac fue excluida de la familia Marillac por ellos mismos y por las leyes civiles, debido a su misterioso nacimiento. La colocan en una pensión, donde descubre la psicología de las sirvientas y aprende a llevar una economía doméstica y las labores de la casa, que luego enseñará a sus hijas. Quiso ser capuchina, pero los Marillac la obligaron a casarse con un burgués de clase media, Antonio Le Gras, para mejorar la posición política de la familia Marillac-Attichy.

Aquel capuchino le inculcó tres ideas: hacer oración, confiar en Dios y colaborar con su voluntad. Y ella acude al designio eterno de Dios para encontrar una explicación a su vida de marginación. En esa *colaboración confiada* encontraría la solución a los interrogantes que le plantea su vida misteriosa, pero si se daba a la oración. Y se dio. De aquí en adelante, ayudada por sus directores, penetró en la oración al estilo de los espirituales de la mística abstracta; la misma que Bérulle había inculcado a Vicente de Paúl.

Noche mística^{xi}

Con los inicios de la enfermedad de Antonio Le Gras, Dios se le presentó, sin que ella lo reconociese, duro y terrible para purificarla de todo lo que ella sola no podía erradicar de las entrañas de su vida interior. Era la *Noche pasiva* que no hacía mucho había pasado Vicente de Paúl. Este Dios, al estilo de San Juan de la Cruz, la purificará hasta junio de 1623 y, de una manera más suave, hasta diciembre de 1625 terminando con la muerte de su marido. Dios se sirvió de la enfermedad de su esposo que infundió en su espíritu herido un complejo de culpabilidad por no haber entrado religiosa y haberse casado. De él se vale Dios para purificarla y revelarle, al mismo tiempo, la misión que le reservaba, como una parte del carisma que había comenzado a darle a los dieciséis años. La Noche terminó el día de Pentecostés de 1623. Ese día, 4 de junio, el Espíritu Santo dio por terminada la purificación y le anunció que le iba a dar un nuevo director espiritual y la pondría con otras jóvenes al servicio del prójimo. Ya era santa, ya tenía capacidad para fundar la Compañía.

Ni cuando acaeció esta purificación pasiva ni en los años inmediatos Luisa de Marillac comprendió el sentido místico ni la importancia que tenía esta Noche pasiva en su vida espiritual ni que en ese momento Dios empezaba a mostrarle su carisma. Debió considerarlo como una de tantas realidades espirituales comunes a todas las personas que buscan a Dios.

Vísperas de Pentecostés de 1642: caída del piso

El revulsivo que la abrió los ojos fue el milagro de la caída del suelo de la sala vacía donde se iban a reunir ella, san Vicente y las Damas de la Caridad la víspera de Pentecostés de 1642. Al suprimirse la reunión, dice ella que se salvó la Compañía (A 75). Entonces comienza a escribir una especie de diario y nos cuenta lo que le había anunciado el Espíritu divino en la Noche mística de 1623 (A 3).

La lectura que hace de su vida pasada, cuando tiene 54 años, le manifiesta cómo Dios la ha guiado a encontrarse con san Vicente para fundar con él la Compañía de las Hijas de la Caridad sin que ella comprendiera en un principio el porqué de las cosas. Tenía que ser una Marillac, pero sin ser noble, de serlo no hubiera podido ser en aquella época Hija de la Caridad. Ahora comprendía su formación humanista en Poissy y de sirvienta en la pensión. Igualmente comprendió que no podía ser *religiosa*, que tenía que ser casada y que Dios la había escogido porque era viuda con un hijo varón. La soltera era una mujer mal vista en aquel siglo, la casada estaba sujeta al marido en todo, sólo la viuda con dinero y, sobre todo, si tenía un hijo varón, era igualada a los hombres en derechos y obligaciones.

Ahora comprendió que su vida, que ella creía que había sido una cruz desgraciada, la había dado la libertad necesaria para ser fundadora. Dios la había elegido porque tenía esa vida concreta junto con sus cualidades intelectuales y afectivas, y la formación humana de la burguesía. Ella colaboró con Dios, antes de conocer a Vicente de Paúl, de una manera inconsciente, simplemente porque lo encontraba en los sucesos de la vida. A sus 54 años comprendió que Dios le había dado el carisma de fundadora, precisamente porque tenía una vida apropiada para fundar la Compañía de las Hijas de la Caridad, y para realizarla le presentó al gran director espiritual, Vicente de Paúl, aunque en un principio a ella le repugnara. Se había realizado el encuentro de la mujer del norte de Francia con el hombre del suroeste francés. Sucedió en las Navidades de 1624 o principio de 1625.

Ciertamente hasta encontrarse con san Vicente no se había preocupado en demasía de los pobres, si descontamos algunas limosnas propias de la gente piadosa. Su preocupación era unirse con Dios y santificarse ella, su esposo y su hijo. Para ello se había entregado a la oración, y después de la Noche mística, su oración será contemplativa a lo largo de su vida. Esta entrega a Dios en la oración será la base de su entrega a Dios en los pobres.

Sin embargo llegó un tiempo en que la vida de Luisa de Marillac y su persona se identificaron con los pobres. Se lo contagió san Vicente (I, 73-74). Su entrega a Dios siguió firme, pero desde mayo de 1629 hasta morir, será una entrega a Dios para servirle en los pobres por medio de la Compañía que ella fundó con san Vicente y a la que ella perteneció.

Pero hay cierta diferencia entre la entrega de santa Luisa a los pobres y la de san Vicente. A Vicente de Paúl le brotó de sus entrañas la entrega a los pobres, a los que conocía desde niño, mientras que a Luisa de Marillac, absorbida por el miedo a su condenación y por el ansia de santificarse, le llegó de su director Vicente Paúl. Aunque logró hacer de los pobres su propia piel, la carne siempre fue la vida interior directamente encaminada hacia Dios. Por el contrario, en san Vicente la carne siempre fueron los pobres y la piel su vida interior. Pero los dos fueron por igual fieles al destino que Dios les había dado de servirlos y evangelizarlos.

Para concluir, me atrevo a afirmar que todo lo que es santa Luisa en la historia de la caridad, de los pobres y de la Compañía se lo debe a san Vicente. Y cierto también que la aportación de Luisa de Marillac a la empresa de Vicente de Paúl fue de tal magnitud que se puede dudar si muchas obras de las que emprendió el santo se hubieran realizado o hubieran perdurado sin ella.

Padre Benito MARTÍNEZ, cm

NOTA:

Las citas de san Vicente y santa Luisa están tomadas de las ediciones francesas de COSTE y S. CHARPY

El pobre según San Vicente

Podemos encontrar en San Vicente tres maneras de ver al pobre que a menudo se han confundido o más exactamente, unificado.

- 1 – una visión que es más bien de orden social.
- 2 – una visión que es más bien de orden pastoral.
- 3 – una visión que es más bien de orden místico.

1- En primer lugar, una relación humana **DE ORDEN ECONÓMICO Y SOCIAL**

San Vicente conoció la situación del pobre a lo largo de su infancia, en su familia y su entorno social. En esta etapa determinante, los pobres eran sus padres, sus vecinos, viticultores y labradores de los que él ha descrito de un modo realista la vida y los penosos trabajos. Estaban también, las buenas campesinas evocadas tan a menudo en las Conferencias a las Hijas de la Caridad.

Analizando los ecos de esta primera experiencia, podemos darnos cuenta de que el joven Vicente, en principio, ha percibido la pobreza como un mal y ha visto a los pobres como víctimas. Más tarde, cuando hable a sus comunidades de la pobreza evangélica, no omitirá evocar la pobreza injusticia social, como para dar más realidad a la primera.

Antes de ser realidad pastoral o mística, la relación de San Vicente con los pobres se sitúa en el nivel de la solidaridad, desde un nivel humano de orden económico y social. La pobreza es aquella a la que trató de escapar en 1595 con la ayuda y el cálculo de sus padres. Y, la reconocerá, cuando en 1617 la vuelva a encontrar con otra mirada y otro proyecto.

Para San Vicente, el pobre es un hombre que sufre; es un hombre, una mujer o un niño que se encuentra en unas condiciones económicas y sociales inhumanas e injustas. Esta concepción del pobre se arraiga en la experiencia de San Vicente, en su primerísima experiencia, cuando él no se planteaba considerar al pobre como un privilegiado del reino de Dios (según Lucas IV, 18 ss.), o como una presencia misteriosa de Jesucristo (según Mateo XXV, 31 ss.).

Evidentemente, no encontramos en San Vicente, el análisis riguroso y las expresiones de las luchas sociales de hoy. Pero en el comienzo y en la base de todas las intervenciones de San Vicente en favor de los pobres, se descubre siempre un tiempo muy largo de atención sociológica, de investigación sobre una situación concreta de los pobres con los que se ha encontrado. Se podrían multiplicar las citas y referencias, ya sean para las Cofradías, ya sean para la Misión, en las ayudas distribuidas en Lorena, en Champaña y en Picardía, ya sean para las Hijas de la Caridad, con esta insistencia tan apoyada en el “corporalmente”.

El reglamento de la primera Cofradía de la Caridad de Châtillon (Coste X, 574-587) es revelador. La introducción, evoca las razones evangélicas y el valor espiritual del servicio de los enfermos. Las páginas que siguen muestran por su parte, la minuciosidad y el realismo con los que San Vicente ha estudiado la condición y la situación de estas pobres gentes, llegando incluso a entrar en detalles de dietética y en las tareas precisas de la cuidadora de enfermos (Coste X, 577-579). San Vicente no se alejará jamás de este realismo que será un signo característico de su relación con el pobre y de toda su acción.

Además, es sintomático que San Vicente haya aludido tan a menudo a su pertenencia social al mundo de los pobres y que se haya preocupado tanto de mantener a los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad en el nivel de vida de los pobres.

Son conocidos por ejemplo, las largas dudas por las que pasó San Vicente antes de aceptar el priorato de San Lázaro; indiscutiblemente esta aceptación parece haber acelerado y acentuado lo que podríamos llamar nuestra “religiosificación” de la que, sabemos bien, San Vicente no quería oír hablar. Hay ciertamente un tono de nostalgia en la evocación de los primeros tiempos de la Misión, en el Colegio de Bons-Enfants: “...repetíamos el mismo ejercicio en otras parroquias de las tierras de dicha señora durante varios años, hasta que se le ocurrió la idea de mantener a varios sacerdotes que continuasen estas misiones, y para ello nos dio el colegio de Bons-Enfants, donde nos retiramos el padre Portail y yo; tomamos con nosotros a un buen sacerdote, al que entregábamos cincuenta escudos anuales. Los tres íbamos a predicar y a misionar de aldea en aldea. Al marchar, entregábamos la llave a alguno de los vecinos o le rogábamos que fuera él mismo por la noche a dormir en la casa. Sin embargo, yo no tenía entonces más que un solo sermón, al que luego daba mil vueltas: era sobre el temor de Dios. (Coste XI-3, p.327)

La Misión estaba entonces bien integrada en su medio social, sencillo y pobre. San Vicente se preocupó igualmente de mantener a las Hijas de la Caridad en el nivel social de las sirvientas de la época. Los tomos IX-1 y IX-2 de Coste y sobre todo la correspondencia, nos permiten comprobar que, sobre este punto, hasta su muerte San Vicente tuvo mucho más éxito con ellas. Al margen de “la casa” (como llamaba San Vicente a la casa-madre) que tenía un carácter religioso bastante acusado, en todas las demás, las condiciones de vida se parecían a las casas de las sirvientas de la época. Sería interesante leer por ejemplo, la conferencia del 28 de noviembre 1649 sobre el trabajo (Coste IX, 439-452). Es en el curso de esta conferencia cuando San Vicente hace esta llamada de atención: “Pero vosotras podéis ganar lo suficiente para vuestra vida sirviendo al prójimo; no sois carga para nadie; sino que vosotras mismas proveéis a vuestras necesidades. ¡Quiera Dios que también lo pudiese hacer así yo, indigno del pan que como, y que ganándome lícitamente la vida, pudiese servir a mi prójimo sin poseer nada y sin ser gravoso a nadie! ¡Ojalá nuestros padres pudiesen hacerlo y nos viésemos obligados a dejar lo que tenemos! Dios sabe con cuánto gusto lo haría. Pero no podemos hacerlo, y tenemos que humillarnos.” (Coste IX, 448-449) Y continúa sus reflexiones sobre la situación económica y social de la Hijas de la Caridad: “Si Dios quiere, mis queridas Hermanas, concederos la gracia de que podáis algún día ganaros la vida y llegar a servir en las aldeas que no tienen medios para sosteneros, creo que no habría nada más hermoso. ¡Unas Hermanas, trabajando por los demás, estarán en un lugar en donde servirán a los pobres e instruirán a las niñas, sin que nadie contribuya a ello, y esto gracias al trabajo de las hermanas que estén en otros lugares, gracias también al trabajo que ellas mismas puedan hacer en sus momentos de descanso! [...] Si lo hacen las abejas, como ya hemos dicho, cogiendo la miel de las flores y llevándosela a la colmena para alimento de las demás, ¿por qué vosotras, que tenéis que ser como abejas celestiales, no lo vais a hacer? Hermanas mías, si Dios quiere conceder a vuestra Compañía la gracia de que, por vuestro medio, sean servidos los pobres, sea educada la juventud, y pueda subsistir esta casa, [...] ¿no será ésta una gran felicidad para vosotras? (Coste IX-1, 448-449).

Este texto abre horizontes poco conocidos sobre la situación social de las primeras Hijas de la Caridad, tal como se vivió en parte. San Vicente deseaba, lo dijo, ¡Que fuera igual para “los Señores”! (Sacerdotes de la Misión)

Concluyendo, este primer tipo de relación de San Vicente con el pobre ha sido una relación profundamente humana y particularmente atenta a la realidad económica y social vivida por los pobres. Parece claro que San Vicente deseó enérgicamente que sus principales fundaciones compartieran, de algún modo, la suerte de los pobres y de los trabajadores para asegurar en su relación la densidad humana de una profunda solidaridad.

2 – El segundo tipo de visión y de relación de San Vicente con el pobre ha sido una relación **DE ORDEN más bien PASTORAL**.

Antes de Gannes-Folleville, aparte del paréntesis de Clichy, Vicente de Paúl vivió diecisiete años de sacerdocio, lejos de los pobres. En Folleville, es este sacerdote el que se siente interpelado, cuestionado y provocado. Es este sacerdote, el que seis meses más tarde decidirá consagrar su vida a una parroquia, es decir, a una acción y a una responsabilidad pastoral.

San Vicente se vio provocado, por la ignorancia religiosa y el estado de abandono, por parte de la Iglesia, de los pobres del campo. Es esta situación la que quiso remediar. Decisión heroica, ya que San Vicente abandonó valientemente su proyecto de buen retiro, y la situación envidiable que ocupaba en casa de los Gondí. Pero también, decisión aún limitada, pues él no proyectaba por el momento, más que la vida y actividad de un buen cura de pueblo, en un marco y una pastoral de apariencias bastante clásicas.

Para él, el pobre era entonces el hombre que tenía que evangelizar y salvar. Cuando San Vicente llegó a interpretar el acontecimiento de Gannes-Folleville a la luz del evangelio (Luc IV, 18 y ss.), el pobre se transformará en el interlocutor privilegiado del Evangelio, el primer invitado al Reino, como dirá BOSSUET: “Es el primogénito, el verdadero hijo de la Iglesia que es la ciudad de los pobres, aquel que, al contrario de los ricos, no necesita naturalización.”

En este tipo de relación con el pobre, hay dos aspectos a destacar y subrayar. Por una parte un aspecto positivo: la promoción del pobre en el plano de la salvación y la prioridad que se le otorga en el proyecto pastoral. – Por otra parte, un aspecto negativo: el pobre aún sigue siendo aquel a quien se anuncia, aquel a quien se enseña y a quien se administran los sacramentos, aquel a quien se asiste y al que se le lleva la salvación.

Hay pues ciertamente un indudable progreso en la evolución, tanto espiritual como pastoral, de San Vicente. Hasta entonces en efecto, su ministerio estaba en gran parte movilizadado por una familia noble, y los pobres no se beneficiaban más que en salidas ocasionales de la familia a sus tierras. Sin embargo, en la

base de la decisión de marchar a Châtillon, hay un cambio total de los valores y del proyecto. En adelante se dará la prioridad a los pobres, así como la mayor parte del tiempo.

Esto explica la actitud de San Vicente de regreso a casa de los Gondi tras el intermedio de Châtillon: la mayor parte de su proyecto y de su tiempo estará reservado a la evangelización de las pobres gentes del campo y a las misiones, (como lo preveía el contrato de fundación) para : “dedicarse por entero y exclusivamente a la salvación del pueblo pobre, yendo de aldea en aldea [...] predicando, instruyendo, exhortando y catequizando a esas pobres gentes ...” (Coste X, 238)

Los pobres, pues, tendrán en adelante una clara prioridad y San Vicente no volverá jamás sobre ello. Ocurrirá igual en las demás instituciones que reservarán al pobre la primacía que encerrará prácticamente una especie de exclusividad. Les he hablado ya de esto, cuando reflexionamos sobre la expresión: los “verdaderamente pobres” y sobre la finalidad de nuestra Congregación.

Esta prioridad en línea con el evangelio (Lucas IV, 18 y ss.) facilita un progreso decisivo en la historia de la relación de San Vicente con el pobre. Pero el pobre, como ya he dicho, permanece aún como aquél a quien se le lleva y se le da, aquel al que se predica, se instruye, se exhorta y se catequiza. La relación sigue siendo en un único sentido y San Vicente no había ido aún hasta el final de su búsqueda y de su encuentro. Parece que fue la experiencia de Châtillon, sobre todo la del 20 de agosto de 1617, la que le condujo a dar el último paso, y a llevar a cabo un nuevo avance, esta vez decisivo.

3 – La tercera etapa o el tercer nivel en la relación de San Vicente con el pobre fue de **TIPO MÍSTICO**, en el sentido pleno de la palabra.

Este progreso puede situarse en relación con el acontecimiento de Châtillon, porque este nuevo paso fue dado a la luz del evangelio de Mateo (XXV, 31 y ss.), texto que encontramos citado por primera vez en el documento de la Cofradía de Châtillon (23 de agosto de 1617).

Sin la intención de planificar la dinámica interior de San Vicente, se puede decir que si el pasaje de Lucas ha iluminado y revelado toda la riqueza de Gannes-Folleville, y en consecuencia han fundamentado la Misión, es el texto de Mateo el que ha iluminado y como revelado la riqueza de Châtillon y fundamentado evangélicamente las Cofradías de la Caridad y la Compañía de las Hijas de la Caridad. Mateo XXV, 31 y ss., es el texto en el que JESÚS evoca el juicio final: “tuve hambre, y me disteis de comer enfermo, y me visitasteis; ... cada vez que hicisteis esto a un pequeño, a un pobre, a mí me lo hicisteis.” “Estuve enfermo, y me visitasteis”: Es comprensible que esta frase haya venido con frecuencia al pensamiento y la oración de San Vicente a lo largo de esta jornada del 20 de agosto de 1617 y en los días siguientes; y no es nada sorprendente que la encontremos efectivamente, tanto en el documento del 23 de agosto como en el primer reglamento de la Cofradía de la Caridad de Châtillon, de noviembre de 1617 (Coste X, 574)

Lo más destacado de esto, es el camino que puede recorrer el evangelio en el alma y en la fe de un Santo. Es evidente que, progresivamente, San Vicente se ha formado una conciencia cada vez más nítida, de modo que por el pobre de Gannes y por la familia pobre de Châtillon, Jesucristo, enviado de Dios, intervino directamente en su vida, hasta el punto de que por una parte, decidió cambiar radicalmente de rumbo, y por otra parte recobró la paz y el equilibrio. Los pobres de Gannes y de Châtillon fueron para él signos de Dios, signos de la voluntad de Dios sobre su vida y sobre sus fundaciones: “¡Ni el Señor Portail ni yo habíamos pensado en ello!”

En esta fase, la relación “Vicente/Pobre” no era ya un hecho de sentido único. En efecto, se daba cada vez más cuenta de lo que le habían aportado los pobres de Folleville y de Châtillon. En adelante, San Vicente concederá una mayor atención a los acontecimientos que conciernen a los pobres: El hará de ellos verdaderos hitos de sus audaces empresas.

Tanto es así, que poco a poco se profundizará en él la afirmación del evangelista Mateo: “Tuve hambre... estuve enfermo... en la cárcel... a mí me lo hicisteis”. Esta afirmación de Cristo será como la clave de todo encuentro de San Vicente con el pobre, la clave de la relación vicenciana con el pobre.

“Así pues, dirá a las Hijas de la Caridad, esto os obliga a servirles con respeto, como a vuestros amos, y con devoción, porque representan para vosotras a la persona de Nuestro Señor, que ha dicho: «Lo que hagáis al más pequeño de los míos, lo consideraré como hecho a mí mismo». De manera, hijas mías, que Nuestro Señor es, junto con ese enfermo, quien recibe el servicio que le hacéis.” (Coste IX-2, 916)

“Por lo tanto, debéis tratar a los pobres con mansedumbre y respeto, acordándoos de que es a Nuestro Señor a quien hacéis ese servicio, ya que él lo considera como hecho a sí mismo [...] Si él está enfermo, yo también lo estoy; si está en la cárcel, yo también; si tiene grilletes en los pies, los tengo yo con él.” (Coste IX-2, 1194)

Y este texto conocidísimo, dirigido a los Misioneros: “No hemos de considerar a un pobre campesino o a una pobre mujer según su aspecto exterior, ni según la impresión de su espíritu, dado que con frecuencia no tienen ni la figura ni el espíritu de las personas educadas, pues son vulgares y groseros. Pero dadle la vuelta a la medalla y veréis con las luces de la fe que son éstos los que nos representan al Hijo de Dios, que quiso ser pobre; él casi ni tenía aspecto de hombre en su pasión y pasó por loco entre los gentiles y por piedra de escándalo entre los judíos; y por eso mismo pudo definirse como el evangelista de los pobres: *Evangelizare pauperibus misit me*. ¡Dios mío! ¡Qué hermoso sería ver a los pobres, considerándolos en Dios y en el aprecio en que los tuvo Jesucristo!” (Coste XI-4, 725)

El texto que pareció ser el eco más perfecto de la experiencia espiritual de San Vicente en su relación con el pobre se encuentra en Coste IX-1, 239) “al servir a los pobres, se sirve a Jesucristo. Hijas mías, ¡cuánta verdad es esto! Servís a Jesucristo en la persona de los pobres. Y esto es tan verdad como que estamos aquí. Una hermana irá diez veces cada día a ver a los enfermos, y diez veces cada día encontrará en ellos a Dios. Como dice san Agustín, lo que vemos no es tan seguro, porque nuestros sentidos pueden engañarse; pero las verdades de Dios no engañan jamás. Id a ver a los pobres condenados a cadena perpetua, y en ellos encontraréis a Dios; servid a esos niños, y en ellos encontraréis a Dios. ¡Hijas mías, cuán admirable es esto! Vais a unas casas muy pobres, pero allí encontráis a Dios. Hijas mías, una vez más, ¡cuán admirable es esto! Sí, Dios acoge con agrado el servicio que hacéis a esos enfermos y lo considera, como habéis dicho, hecho a él mismo.”

En adelante, la relación de San Vicente con los pobres no será solamente recíproca, será claramente inversa; y Vicente será más sensible a lo que los pobres le aporten que a lo que él mismo pueda darles. De ahí, un nuevo comportamiento pastoral y social.

El pobre se convierte para él en Jesucristo. El pobre es entonces el maestro y señor: Así, Misioneros, Hijas de la Caridad o grandes Damas de la Caridad, no podrán estar frente al pobre más que con actitud, con mentalidad, con espiritualidad de servicio. Este término de “servicio” se ha convertido en equívoco con la evolución social. Ahora está profesionalmente desacreditado y esto se deja sentir hasta en el vocabulario de la espiritualidad. En el siglo XVII no era así: la profesión de sirviente o sirvienta era reconocida sin complejos y tenía sus leyes y sus deberes. También cuando San Vicente habla de servicio, de sirviente o sirvienta, no hay que apresurarse a poner sus términos y actitudes en relación con el siervo de Yahweh o con el relato de la Anunciación, a menudo, el contexto muestra con evidencia que San Vicente, concreto por naturaleza, daba a estas palabras su sentido y fuerza profesionales. Y cuando describe por ejemplo, el comportamiento que debe tener una dama de la Cofradía o una Hija de Caridad para servir la comida a un enfermo, es fácil reconocer todos los gestos que un Señor o Señora de la época exigía a su servidumbre.

Sirva esto para exorcizar la idea que nos solemos hacer de la relación de San Vicente con el pobre cargado de paternalismo. Es lamentable que el término “sirviente” haya perdido la fuerza del siglo XVII y que se haya convertido en equívoco, anodino y un tanto tendencioso. La relación “sirviente/señor”, era ciertamente una de las menos amenazadas por los sentimientos paternalistas... ¡y con razón! Ahora bien, es en principio a este nivel profesional donde conviene situar desde ahora la relación de San Vicente con los pobres. Si Jesucristo se identifica verdaderamente con los pobres, la relación “señor/sirviente” se impone, y debería cambiar completamente mentalidades y comportamientos. Igualmente una de las actitudes sobre las que San Vicente más insistió, fue el respeto... ¡El respeto que no era considerado en la época como el que iba de sí con los pobres, los mendigos, los prisioneros!

Algún espíritu pesimista podría ofenderse por la implicación tan absoluta de la fe en la relación con el pobre y la identificación de Jesucristo con el pobre podría ser resentida como una especie de frustración en la relación. Se dirá: el hombre que hay que encontrar es el hombre al que hay que ofrecer una total atención y compromiso; no se puede al mismo tiempo preocuparse de otros, aunque sea Jesucristo. De este modo, la búsqueda de Jesucristo en el pobre, sería para algunos ¡una ocupación malsana!

Gracias a Dios, San Vicente no se ha analizado hasta este punto; ¡esto no le hubiera dejado tiempo para actuar! Pero, si se le hubiera presentado alguien para hacerle esta objeción, San Vicente sin duda habría respondido como tenía costumbre de hacerlo con los que no llegaban nunca a comprometerse ni a actuar. En cualquier caso, la fe de San Vicente, esta fe que raya la certeza vivida de la presencia de Jesucristo en el pobre, no le ha llevado jamás a eludir, por poco que fuera, la persona del pobre o el peso de su condición social.

Nos falta, en la lógica y la prolongación de lo que hemos llamado el nivel místico de la relación “Vicente/Pobre”, evocar rápidamente la extraordinaria unidad que esta convicción ha llevado a cabo en su vida y su espiritualidad.

San Vicente ha sido un hombre de experiencia, para el que la vivencia ha sido espontáneamente reflexionada, meditada, integrada. Él tuvo un proceso de una lógica y una constancia impresionantes. Es así cómo el acontecimiento de Châtillon, a la luz del evangelio de Mateo (XXV, 31 y ss.) resultó y se situó poco a poco como clave de bóveda del edificio y del equilibrio. Todo se ha organizado más o menos conscientemente, en torno a esta afirmación-evidencia: “Jesucristo está en el pobre, esto es tan cierto como que estamos aquí.” Y tanto es así que lo que era vivido en tensión y conflicto, se volvía para él de una simplicidad extrema. Una vez que Jesucristo estaba en el pobre, Fe y Misión, Fe y Servicio, Fe y Vida estaban en perfecta continuidad. Se trataba de la oración y del servicio, la competencia no era problema: “Hijas mías, el servicio de los pobres tiene que preferirse siempre a todo lo demás.” Con un principio, emitido de forma categórica, no hay excepciones posibles, por nobles que éstas sean. Y San Vicente precisa: “Podéis incluso dejar de oír misa”, para concretar añade: incluso “un día de fiesta, en caso de necesidad...” Es además el razonamiento sobre el que se apoya el principio tan interesante de escuchar: “De esta forma, estad seguras de que sois fieles a vuestras reglas, y más aun, ya que la obediencia es considerada por Dios como un sacrificio. Es a Dios, hijas mías, a quien queréis servir. ¿Creéis que Dios es menos razonable que los amos de este mundo? Si el amo dice a su criado: «Haz esto» y, antes de que sea ejecutada su orden, pide otra cosa, no verá mal que el criado deje lo que se mandó en primer lugar; por el contrario, estará contento de ello. Lo mismo pasa con nuestro buen Dios. El os ha llamado a una Compañía... os ha dado unas reglas; si mientras las practicáis, os pide otra cosa, id pues, a lo que os ha mandado, hermanas mías, sin dudar de que se trata de la voluntad de Dios.” (Coste IX-1 208-209) Lo más notable y significativo en este texto, para nosotros que queremos abordar la espiritualidad de San Vicente y su experiencia espiritual, es la facilidad y la espontaneidad con las que San Vicente confunde e identifica en un solo ser el Dios que habla en la regla, el Dios de la oración, el Dios de la misa y el Dios presente en el pobre. Para él, es sencillamente el mismo Señor quien en principio ha pedido una cosa y quien, a continuación, pide otra. Se trata de “dejarle por Dios”. Viendo a Jesucristo en el pobre, Vicente constata que todo parece unificarse en una continuidad entre su fe y su vida: la oración, la eucaristía, la Misión, el servicio. Para llegar a una tal unidad de fe y de vida, le ha bastado encontrar verdaderamente a Jesucristo en un pobre.

Gracias a Dios, nosotros estamos atentos a los valores evangélicos que viven los pobres. Hoy San Vicente aun nos invita a ir adelante y más profundamente, más lejos que esos mismos valores, hasta el encuentro de la persona viva de Jesucristo, incluso si lo que llegó a ser certeza para el místico Vicente de Paúl, peligro no ser más que un interminable esfuerzo de fe para muchos de nosotros.

Para terminar esta reflexión, preguntémonos personalmente y en verdad sobre la calidad de nuestra relación con el pobre en el plano social, en el plano pastoral y en el plano místico. Como San Vicente, nosotros debemos conservar estas tres dimensiones, incluso si la tercera debe alimentar y animar a las otras dos. Que San Vicente nos ayude a progresar en la meditación, la inteligencia y la aplicación de Lucas IV, 18 y ss. y de Mateo XXV, 31 y ss., estos textos que constituyen las verdaderas luces y los grandes ejes de la reflexión y de la experiencia de San Vicente.

Padre Jean Morin cm

Santa Luisa de Marillac
1591 – 1660

I – LOS TESTIGOS HABLAN Y ACTUAN

INTRODUCCION

“... **todos** en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad”. “Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” según las palabras de San Pablo: (1 Tes 4,3). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta incesantemente y debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles...que esa santidad que recibieron sepan conservarla y perfeccionarla en su vida, con la ayuda de Dios. Les amonesta el Apóstol a que vivan “como conviene a los santos” (Ef 5,3) cada uno según los propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad.

La Iglesia considera también la amonestación del Apóstol, quien, animando a los fieles a la práctica de la caridad, les exhorta a que sientan en sí lo que se debe sentir en Cristo Jesús, que se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo...”

Estas líneas extraídas del capítulo quinto de la Constitución Lumen Gentium, sobre **la vocación a la santidad**, permiten echar una mirada conforme a los principios establecidos por el Concilio, con relación a la vida y la acción de la que hoy llamamos Santa Luisa de Marillac, signo y estímulo de la caridad.

En esta primera parte, algunos testigos nos desvelaran sus secretos:

-San Vicente

-Maturina Guérin y las primeras Hermanas,

-Historiadores de la época: Gobillon y Abelly que escriben con el estilo de su época. No vivieron con Luisa de Marillac pero han preguntado a los cercanos, consultado los documentos, sus escritos así como a las secretarias.

-Sor María de Geoffre de Chabrignac: esta última secuencia revelará el trabajo de los primeros años para llegar a la beatificación de Luisa de Marillac. Sor María de Geoffre de Chabrignac, consumida por la enfermedad, al no ver el resultado del trabajo preparatorio, no reivindicaba nada, porque: “no soy, decía, más que un pequeño mal obrero que reunió los materiales y los mezcló en el mortero. Pero confío que en el momento oportuno, la Providencia hará surgir un obrero capaz de hacer todo un memorial, que será muy hermoso si es según el plan divino.”

SAN VICENTE DE PAUL

El 9 de octubre de 1952, el Padre William Slattery, Superior general de la Compañía de las Hijas de la Caridad, escribió el prólogo del libro que reproducía las conferencias de San Vicente a las Hijas de la Caridad en estos términos: “...Cuando oigan esta explicación sobre sus santos votos y sus santas Reglas, verán que todo es sencillo, claro y comprensible. Su lenguaje, su estilo, sus comparaciones, los ejemplos que él da, tienen siempre la **nitidez del cristal**. Podemos comparar estas conferencias a un **lago** cuyas aguas permiten ver las profundidades, de tal modo son puras, o a un **jardín** en el que la mirada puede percibir cada una de sus hermosas flores, porque los rayos de un brillante resplandor las hace resaltar con claridad...”

El Señor Vicente, enfermo en el momento del fallecimiento de Santa Luisa, reunió a las Hermanas el 24 de julio de 1660 para hablarles de la difunta Señorita Legras: “vuestra querida Madre, tal como la habéis visto y tenido en medio de vosotras”. Luego, preguntó a las hermanas sobre tres puntos:

- Sobre las razones que tenemos para hablar de las virtudes de las Hermanas difuntas y especialmente de las de la señorita Le Gras, su querida Madre. Este punto no fue tratado, sería demasiado largo, dijo el Señor Vicente.
- el segundo punto, sobre las virtudes que han observado en ella;
- el tercer punto, sobre la virtud que se propone imitar.

Las Hermanas se expresan con un lenguaje sencillo, afectuoso y humilde, pidiendo perdón por la negligencia de la virtud propuesta. El Señor Vicente concluye, bendiciendo por los perdones pedidos, y continúa:

*“Hijas mías, ¡qué hermoso **cuadro** ha puesto Dios ante vuestros ojos y que vosotras mismas habéis pintado! Sí, es un cuadro que poseemos y al que tenéis que mirar como un prototipo que os tiene que animar a hacer lo mismo, a adquirir esa humildad, esa caridad, esa paciencia, esa firmeza en su forma de gobernar, acordándoos de cómo tendía en todas las cosas a conformar sus acciones con las de Nuestro Señor. Hacía lo que dice san Pablo: «No soy yo el que vivo, sino Jesús el que vive en mí». ¡Ved qué cuadro! ¡Qué hermoso cuadro, Dios mío!”* Y el Señor Vicente retoma la humildad, la fe, la prudencia, el buen juicio, y siempre con la preocupación de conformar sus acciones a las de Nuestro Señor. A este efecto, se fija, particularmente en la modestia con una larga explicación y consejos para ser virtuosa: *“evitad hablar mal unas de otras. Si caéis en este defecto en casa de vuestra madre la señorita Le Gras, decid inmediatamente: «¿Cómo es posible que me haya dejado llevar a hablar de este modo?».* Hijas mías, siguiendo el ejemplo de vuestra buena madre, tomad la resolución de trabajar por vuestra perfección y por despegaros de todo lo que le disgusta a Dios en vosotras. Hijas mías, ¡cuánta pena tendréis de ver a unas hermanas que llevan el nombre de hijas de la Caridad y no lo son en realidad!

Pero hay también otras que no son tan edificantes. Desgarran a la Compañía lo mismo que cuando pelan y despedazan a un pollo. ¡Unas hijas despedazando a su madre!

*Bien, hijas mías, vamos a terminar. Tenéis que procurar, a cualquier precio que sea, haceros muy virtuosas. Decid en vuestro interior: “No quiero ser de mí misma, sino que en todo lo que haga deseo **buscar a Dios** y caminar derechamente hacia él”. Animaos con el ejemplo de la señorita Le Gras, de nuestras buenas hermanas que están en el cielo. Dios mío, haz que empiecen a amarte perfectamente, a hacerlo todo por ti, a poner todo su interés en complacerte en todas las cosas... ¡Qué hermoso es ver a una hermana con ese espíritu!*

¿Qué podemos retener de este “**hermoso cuadro**” presentado por el Señor Vicente en honor de Luisa de Marillac? Todo lo que Luisa recibió en una luminosidad de virtudes, de oraciones y de amor, lo expresa con la riqueza que la unión con Dios es capaz de producir. En una infinidad de modos, encontramos sus enseñanzas, las aplicaciones, las resoluciones que iluminan los principios y las orientaciones espirituales, firmes, seguras bajo la atención asombrada del Señor Vicente. Asiste, aprueba, anima, juzga con serenidad y apaciblemente “después de haberlo pensado ante Dios”. Sin intereses humanos, Luisa se ofreció a la gracia iluminadora del Espíritu Santo y frecuentemente Dios intervino para poner la impronta sobre lo que ella enseñó y practicó.

“Por tanto, hijas mías, tenéis que mirar a ese cuadro, un cuadro de humildad, de caridad, de mansedumbre, de paciencia en sus enfermedades. ¡Ved qué cuadro!” (Conferencia del 24 de julio de 1660).

MATURINA GUERIN^{xi}

El libro de oro de las Hijas de la Caridad del año 1633 al 1670 presenta entre las Hermanas algunos aspectos de la vida de Sor Maturina Guérin.

“Es la primera nota que deberíamos leer después de la vida de San Vicente y de Santa Luisa de Marillac, porque es Sor Maturina quien dio el prestigio y la perfección a nuestra Compañía, al cumplir todos los designios de nuestros santos Fundadores”.

Maturina Guérin fue junto con los Fundadores, San Vicente y Santa Luisa, “piedra de fundación de la Compañía”. Ella recibió de Dios grandes favores, tanto en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia. Las pruebas nunca le faltaron pero “en mi retiro tomé la resolución de abandonarme enteramente a Dios”.

San Vicente la llamó para ser secretaria de la Señorita Le Gras. Gracias a su fervor y a su fidelidad a las santas prácticas, siempre humilde, ejemplar en toda su conducta, fue una secretaria eficaz para Santa Luisa. De los cuadernitos escritos por las primeras Hermanas, 16 se deben a Maturina Guérin. Ella recogía las conferencias de San Vicente y las mandaba copiar para difundirlas. Se le deben 4 grandes volúmenes de Conferencias del Señor Vicente que la Señorita Le Gras había recogido sin haber tenido tiempo de redactarlas. Además también redactó las conferencias en las que se trató sobre las virtudes de las Hermanas difuntas. Las actas de los Consejos fueron escritas por Sor Maturina. El Señor Vicente y la Señorita Le Gras la consideraban como una persona muy completa y apropiada para estar en las obras. Fue enviada a La Fere como Hermana Sirviente y a Belle Isle en Mer. Después de este destino, fue elegida Asistente y poco tiempo después general, un generalato que durará 21 años. Tenía 37 años. Desde entonces sintió una extrema angustia que no sería menor siempre que fue nombrada para este oficio. Sólo la sumisión a Dios era capaz de hacerle aceptar tan pesada carga. El Señor de Chevremont decía en la conferencia sobre sus virtudes “que se consumió como una antorcha, es decir iluminando al próximo”.

Es en este largo período del generalato en el que Sor Maturina dejó a las Hermanas el ramillete espiritual, siempre actual:

- *“La lengua es el intérprete del corazón...”*
- *Hay que dejarse gobernar para ser humilde*
- *Solucionarlo todo con caridad*
- *Hay que estar muy atentas a la voz de Dios que nos habla al corazón.*
- *¡Ah, Dios mio, cómo podemos vivir tranquilas siguiendo nuestras propias luces! Dichosas las que se dejan conducir.*
- *Las Constituciones, decía, no fueron hechas mas que para ser observadas y la última consecuencia era no omitir ninguna; y cuando se desprecian las pequeñas cosas, se descuida el contenido de las grandes”.*

Después de la muerte de santa Luisa.

Sor Maturina es Hermana Sirviente en Belle Isle. Sor Margarita Chétif sucede a Santa Luisa por nombramiento del Señor Vicente, el 14 de septiembre de 1660. En su desconcierto, escribe a Maturina Guérin pidiéndole su ayuda: *“Mi querida Hermana, le suplico humildemente que me envíe por escrito una recopilación de las principales virtudes que usted ha observado en la difunta Señorita, nuestra muy querida y honorable Madre, especialmente en lo que se refiere a nuestro comportamiento y con el fin de que, con la ayuda de Dios, sepa imitarla en lo que pueda. Usted ve la necesidad que tengo de ello y como Dios le ha hecho esta gracia de estar tanto tiempo a su lado, espero aprender de usted lo que me sea más necesario. Mi querida Hermana, le ruego no me niegue este favor, pues lo necesito tanto...”*

(Cf Documento n° 822).

Sor Maturina tarda en responder a esta petición tan humilde y afectuosa al mismo tiempo. Algunos meses después, toma la pluma: *“ya le he dicho al recordar lo que he podido observar en la difunta Señorita, nuestra querida superiora, que temo que esto no la perjudique en vez de ayudarla...es esta preocupación la que me ha hecho guardar silencio”.* Y Sor Maturina se lanza con un escrito de diez páginas impresas comenzando por un consolador pequeño comentario: *“He observado tantas virtudes en esta alma buena, que no se por cual comenzar: su fe en la vida diaria, su esperanza con la gracia de Dios y el comportamiento del Señor Vicente en la fundación de la Comunidad al servicio de los pobres...”* Y Sor Maturina añade que se necesitaba una fuerte esperanza para emprenderlo, no se necesitaba más que una mediocre caridad para continuarla. *“Paciencia, apoyo, vigilancia, prudencia, humildad, gran celo por la perfección de las personas eran su pan de cada día”.* Los días y los años difíciles no faltan pero Luisa vuelve siempre su mirada a la Providencia y a la paciencia del Señor Vicente, que decía que Dios purgaba a su Compañía de lo que pudiera perjudicarla. *Un largo desarrollo sobre la pedagogía en la*

formación de las Hermanas en los momentos difíciles, daban testimonio de su caridad lo que se conocerá por las cartas escritas de su propia mano a cada Hermana en particular”.

Sor Maturina completa con una confidencia personal: *“Cuando tuve la dicha de escribir sus cartas, entonces no me daba cuenta de las hermosas enseñanzas que contenían, pero ahora admiro la diversidad con que las hacía. A unas les inculcaba la observancia de las reglas, a otras el temor, a ésta el puro amor de Dios, y así sucesivamente. No se cansaba de escribir y estimulaba a las Hermanas a hacer lo mismo, diciendo que este medio y los pequeños regalos mantenían la amistad.....guardaba para sí los defectos de las Hermanas...el cuidado que tenía del bien general, tanto espiritual como temporal, era admirable...”*

Lo que he visto que más les inculcó fue el espíritu de pobreza, de obediencia y de humildad...Cuando veía que estaban todas juntas, demostraba gran alegría porque Nuestro Señor, decía, estaba en medio.

Un último comentario en relación con las Hermanas: decía que no se tenían que menospreciar las gracias naturales que se reconocían en las personas, porque era un gran medio que ellas tenían para hacer el bien, porque, si tenían que reprimirse o forzar su naturaleza, no haríamos lo que hacemos cuando nuestra inclinación nos induce a ello.

Para terminar este largo discurso de Sor Maturina sobre algunos principios que poseía santa Luisa para el acompañamiento de las Hermanas y el desarrollo de la pequeña Compañía, recordaban lo que era necesario a las Hijas de la Caridad: una fuerte confianza en Dios, un abandono entre sus manos para hacer lo que El quiera, no mirando ni oficio difícil, ni bajo, ni importante, un abandono de sí misma en las penas interiores, no mirándolas como suyas, sino como un medio para honrar las de Nuestro Señor y como aspiración a la sólida virtud...”

NICOLAS GOBILLON

Párroco de San Lorenzo, primer biógrafo de la vida de santa Luisa de Marillac.

¿Quién es Nicolás Gobillon?

Nace el 26 de septiembre de 1626, de una noble y antigua familia de la Provincia del Perche. Es nieto de Nicolás Gobillon, abogado del Rey en Mortagne y de la Señorita Jacquelin de Surmont, de una de las más ilustres casas de esta Provincia, por la antigüedad de su nobleza tuvo la categoría de caballero, hace 500 años. Su tío es lugarteniente general de Mortagne. Esta familia se distinguió tanto en la espada como en el vestido.

El 25 de agosto de 1653, es diácono y estudiante de la Sorbona. En 1655, es párroco en San Pierre de Brétigny, que englobaba la antigua diócesis de Paris. Llegó a San Lorenzo poco después de la santa muerte de la fundadora de las Hijas de la Caridad: **iba a ser su primer biógrafo**. El primer vicario de su sucesor, en una corta reseña se expresa así:

“El célebre señor Gobillon, párroco de San Lorenzo, tan apreciado por sus méritos y sus talentos, por sus sublimes conocimientos, como el mejor teólogo de su tiempo, el oráculo de los doctores de la Facultad de teología de París, que por su edad, llegó a ser el Decano y por su profunda erudición, mereció la confianza de todos los Cardenales del Reino que lo escogerán para ser su consejero y su Gran Vicario y además, Superior de 18 comunidades eclesíásticas o religiosas. Parece ser que incluso el Rey, compartió la misma confianza. De los siete personajes Luis XIV nombró a Nicolás Gobillon y de entre ellos debió escoger los dos vicarios generales, uno para establecerlo Superior en Port Royal.

En 1633, sus iguales le manifestaban también una aduladora estima. La Asamblea de la Facultad de la Sorbona, lo nombró uno de los diez diputados encargados de elaborar una declaración para presentar al Rey y al Parlamento sobre los “verdaderos sentimientos de la Facultad, tocante a la autoridad real.”^{xi}

Gracias a estos textos, conocemos mejor al Señor Gobillon; sus talentos le son un gran apoyo para presentar a Luisa de Marillac, con la ayuda de los documentos presentados por Sor Marguerite Chétif y Sor Maturina Guérin. Otros textos parroquiales dan detalles sobre el cortejo fúnebre de Luisa de Marillac, expresión de los usos de ese tiempo.

“Memoria para el cortejo de la difunta Luisa de Marillac”, viuda del noble Antonio Le Gras, Consejero, Secretario ordinario de la difunta María de Médicis, Reina de Francia.

Maestra y Superiora general de las Hijas de la Caridad, llamadas Siervas de los pobres enfermos de las Parroquias, fallecida en la casa Faubourg y delante de San Lázaro, enterrada en la iglesia de San Lorenzo, su parroquia, en la capilla de la Visitación de la Santísima Virgen, el miércoles 17 de marzo de 1660.

1. Por la asistencia personal del Señor Párroco: a voluntad de los padres
2. Por la misa cantada, Prose et Libera
3. Por derechos de parroquia
4. Por los Asistentes de los Prelados del coro y 18 portadores
5. Por cuatro monaguillos

Recibido quince libras por el contenido anterior, de manos de las Hijas de la Caridad, el 8 de abril de 1660. Firmado Prévost.

Los derechos de la iglesia no estaban comprendidos en el texto anterior: toque de difuntos a voluntad, adornos de terciopelo en el coro, los candelabros, presentación y Cruz alta, la apertura del hoyo en la capilla de la Visitación. El pago fue certificado por la siguiente nota: *“el infrascrito, clérigo de la obra de dicha iglesia de San Lorenzo, confiesa haber recibido por los derechos de la iglesia por el cortejo fúnebre cuyas partes se indican mas arriba, por un total de 21 libras 19 “sols”, de parte de las Hermanas de la Caridad, cuya cantidad y otros gastos fueron pagados el 8 de abril de 1660.”* Firmado Houel.

El Señor Gobillon toma posesión de su parroquia. Documentos y apéndices se suceden. Un capítulo fue consagrado al servicio de los pobres “de las Hijas de la Caridad”, probablemente tomado de los Escritos de Luisa de Marillac o de las Reglas comunes de 1672 firmadas por el señor Alméras y selladas con su sello.

GOBILLON, PRIMER BIÓGRAFO DE LUISA DE MARILLAC

¡1676!

El señor Gobillon, aun no habiendo estado presente en San Lorenzo durante la vida de Santa Luisa, conocía a las Hijas de la Caridad y su dedicación, animadas por su fundadora, como él la llamaba. Estaba maravillado con el conjunto: las Hijas, la fundadora, los pobres, las escuelas. El indaga. Sor Margarita Chétif y más tarde, Maturina Guérin, le ayudan con los Escritos y conferencias. Algunos años después, el libro está listo y comienza por una carta a la Reina, completado por sus avisos, las aprobaciones de los Obispos y Doctores. El índice, muy completo, incita no sólo a la lectura sino a la profundización y a la meditación. El libro no está libre de fallos que la investigación actual ha permitido, con seriedad, ponerlo a punto.

La Carta a la Reina

Desde las primeras líneas, el fin del escritor es claro: *“No puedo escribir la Vida de una célebre Fundadora de nuestros días, sin hablar al mismo tiempo del origen de una Comunidad de mujeres de la que ella ha hecho la fundación...Se trata de una Compañía que se consagra al servicio de los pobres para asistirlos en toda clase de miserias, de necesidades...”*

En algunas páginas, la iniciativa es del rey y de la reina con palabras aduladoras para todas las pobrezas. No es cuestión de San Vicente pero si de los pobres, cualesquiera que sean, están privados de dulzura, de la asistencia de sus familias; él (el rey), suplía en su defecto con abundancia, sirviéndoles en sus enfermedades por jóvenes caritativas que por un compromiso más estrecho, más santo que todos los lazos de la naturaleza, se comprometen a socorrerles en todas las necesidades del alma y del cuerpo...

“Por pequeña que sea su Compañía, en sí misma es grande por la categoría de sus miembros y considerable por la extensión de sus ocupaciones...por esta razón, Señora, habiendo querido esta Compañía publicar la Historia de su Fundadora para manifestar a toda la Iglesia los propósitos de su vocación y las cualidades de su celo, ha pensado que debía dirigirse a Vuestra Majestad para implorar la ayuda y la protección de su piedad real en el ejercicio de sus trabajos...”

Este texto finaliza con respetuosos saludos a la Reina.

La obra del señor Gobillon, está precedida de una advertencia con algunas palabras humildes y elogiosas a la vez. *“Los detalles de una vida tan santa no han sido puestos de relieve con el cuidado y la exactitud que merecían, y yo no he podido más que hacerme una idea general de sus virtudes a partir de los informes que me han facilitado. Me han proporcionado unos que miran a la institución de su Compañía y a los establecimientos que ella ha realizado. He leído algunas de sus cartas y de los apuntes que ella ha dejado de sus Meditaciones y de sus Conferencia: he consultado a las personas que han participado en sus proyectos, y cuya memoria ha podido ofrecer algún testimonio de sus acciones: y, basado en todo esto, he establecido el plan de esta historia, que habría podido ser de más consideración, si yo hubiera podido disponer de todo el material que pudiera entrar en su composición...”*

Gobillon añade después esta descripción de sus investigaciones: *“los pensamientos que he encontrado esparcidos por ellos me han parecido tan sólidos, tan elevados y tan conmovedores, que los he juzgado dignos de ser recogidos para instrucción de sus hijas; ya que no hay nada más capaz de inspirarles el amor y la fidelidad a su vocación que las palabras de su Madre, animadas y repletas de su espíritu”*

Nota complementaria

Ciertamente, Gobillon fue el primer biógrafo de la Señorita Le Gras, pero en el momento de la beatificación de San Vicente, se le añadió otro adorno poco conocido.

Sor María de Geoffre puso de relieve algunos extractos del proceso de beatificación y de canonización del venerable siervo de Dios Vicente de Paúl.

En las notas explicativas del testimonio de Gobillon, 139º testigo, sacerdote, doctor en teología de la Sorbona, Vicario general del Cardenal de Noailles, Arzobispo de París, 79 años y párroco de San Lorenzo, podemos leer:

“Luisa de Marillac (Señorita Le Gras) cofundadora de la Compañía de las Hijas de la Caridad... Que Luisa de Marillac, viuda de Le Gras, sea fundadora de la Compañía de las Hijas de la Caridad con San Vicente de Paúl, es un hecho tan establecido por la tradición, por las mismas declaraciones del proceso de San Vicente (aunque sea únicamente asociado a la persona de San Vicente) que es casi superfluo indicar en ello las pruebas. Estas se encuentran en los diversos fragmentos de las actas de la Compañía, en las cartas de San Vicente, en las de la Señorita Le Gras, en los testimonios de la posteridad, y especialmente en el libro depositado durante el proceso de canonización del santo, por el Señor Gobillon, doctor en la Sorbona, párroco de la parroquia San Lorenzo, Paris, 139º testigo en este proceso, cuyo libro lleva por título “Vida de la Señorita Le Gras, fundadora y primera superiora de las Hijas de la Caridad, siervas de los pobres enfermos (Edición 1676). Nos parece pues, que todos los testimonios del proceso, que se refieren a la fundación de la Compañía, pueden aplicarse a la Señorita Le Gras al mismo título que San Vicente y que el argumento sacado de la excelente vocación y de las obras de las Hijas de la Caridad en favor de la santidad de su fundador, puede servir para establecer también la de su fundadora.”

¡1769!

La edición del señor Gobillon se agotó, una nueva obra se puso en circulación con la indicación **“La vida de la venerable Luisa de Marillac...”** por el señor Gobillon, párroco de San Lorenzo, leída, corregida y aumentada por el señor Collet, Sacerdote de la Congregación de la Misión, doctor en teología.

En su prólogo, el autor retoma páginas enteras del señor Gobillon, añadiendo algunas indicaciones personales: *“Veamos lo que dice Gobillon: no he sido mucho más afortunado que él por haber hecho nuevos descubrimientos; la memoria de los acontecimientos pasa pronto con aquellos que fueron testigos. Pero las Hijas de la Caridad del barrio San Denis, me han proporcionado algunos documentos que podrán*

servir para dar a conocer cada vez más la virtud de su santa Madre y alimentar la piedad de aquellas a las que estos momentos les eran desconocidos”.

Así, con algunas adiciones, algunos giros un poco diferentes, siempre leeremos a Gobillon.

¡1886!

Un siglo después de la publicación del señor Collet, **el Superior general, señor Antoine Fiat, presenta una nueva obra en cuatro pequeños volúmenes** “ *que él mismo recomienda a su piedad filial*”, escribe. La vida que se nos ofrece, no es una obra moderna, escrita con estilo elegante: su principal mérito es su antigüedad y su indiscutible veracidad. Es la vida de vuestra venerable Madre, tal y como fue escrita en 1676 por el señor Gobillon, párroco de San Lorenzo, su parroquia. Le damos la preferencia sobre todas las demás, porque presenta garantías excepcionales, desde el punto de vista de la beatificación que siguió a ese momento.

Los archivos de la Casa Madre, guardan unos tesoros que encontrarán aquí su sitio y del que toda la Compañía estará contenta de aprovechar. Estos son:

1. Los comentarios de las primeras Hijas de la Caridad sobre las virtudes de Luisa de Marillac que se unen a las conferencias del Santo Fundador sobre el mismo tema.
2. La historia de la exhumación y traslación del cuerpo de esta humilde sierva de Dios.
3. El relato de algunas gracias extraordinarias obtenidas por su intercesión.

El segundo volumen contiene los Escritos de vuestra venerable Madre bajo los títulos de Meditaciones, Pensamientos, Avisos, Máximas. En el tercer volumen se encontrará una selección de cartas de la venerable Fundadora. El cuarto volumen continúa.

El Padre Fiat, termina su presentación con algunas palabras especificando el fin: “*Una especie de manual en el que cada Hija de la Caridad querrá estudiar en particular, el verdadero espíritu de su santa vocación*”

Estas tres importantes obras han sido escritas en épocas alejadas las unas de las otras. Dan testimonio de la santa vida de Luisa de Marillac en conformidad a la voluntad de Dios bajo la dirección del humilde Señor Vicente. **¡Pero no todo está dicho!**

SOR MARÍA DE GEOFFRE DE CHABRIGNAC

Comentarios: Sor María de Geoffre de Chabrignac, falleció el 2 de diciembre de 1893 en la casa principal, a los 59 años y 35 de vocación.

Las primeras líneas de sus notas ya hablan de Luisa de Marillac. “*Para todas las personas que conocieron a Sor Geoffre, nombrarla, es evocar el pensamiento de nuestra piadosa Madre, es reavivar esta gran figura, es mostrarla ya liberada de la querida sombra querida por su humildad, es hacer entrever el día en el que la voz de la Iglesia, inundada de luz, aparecerá por fin con toda su hermosura*”.

Desde sus primeros años de vocación, su culto por la venerada Fundadora había aumentado. Ya no decía: “*¿Por qué Nuestra Madre no está canonizada? Sino: Nuestra Madre debe ser canonizada. Dios quiere que Nuestra Madre sea canonizada*”.

En 1875, Madre Luisa Lequette, le envió una Hermana expulsada de Méjico en un momento de disturbios y muy capaz de dedicarse a los trabajos de escritura. Hacía mucho tiempo que Sor Geoffre, deseaba escudriñar los misterios de las cajas que guardaban escritos por los que nadie había preguntado. Durante 10 años, realizó esta labor, a la que la Comunidad debe la exhumación de los valiosos escritos de Luisa de Marillac. Hasta entonces, no se conocían más que los cortos fragmentos de Gobillon. En la nota necrológica de Sor Geoffre, leemos el impresionante detalle de sus hallazgos, realzados bajo forma de dos volúmenes: uno compuesto por los pensamientos, avisos, reglamentos y el otro, compuesto por 727 cartas

enriquecidas por numerosas anotaciones que ponen de relieve las concordancias que permiten reconstruir la historia del nacimiento de la Compañía y de sus obras. También pudo presentar en el proceso informativo del 27 de septiembre de 1887: *“Afirmo, bajo la fe del juramento que presté antes de ser interrogada, que ninguna precaución ha sido omitida para que el texto fuera absolutamente conforme al original. Los documentos han sido leídos muchas veces...doy testimonio de la integridad del texto, del modo más positivo y más claro, para que este testimonio pueda servir durante el examen canónico de los escritos, si yo no estoy allí para repetirlo”*

La hora de la glorificación de Luisa de Marillac aún no había llegado . A partir de 1882, durante un Consejo, la Comunidad tomó la decisión de solicitar la beatificación de la venerada Fundadora. El 16 de junio de 1882 el Consejo se reunió en sesión extraordinaria. El Superior general, señor Fiat, expuso el motivo de la reunión que consistía en examinar si sería oportuno iniciar la causa de beatificación de Luisa de Marillac añadiendo que la autoridad diocesana se mostraba dispuesta a favorecerla .

El 30 de agosto del mismo año una circular del Superior general anunciaba la feliz noticia a toda la Compañía y hacía a las Hermanas sirvientes una serie de cuestiones destinadas, unas a establecer **la constante reputación de santidad de la sierva de Dios** en cada casa de la Compañía; otras para recoger sus escritos o para provocar la comunicación de las **gracias recibidas por su intercesión**. Las respuestas afluyeron de Francia y del extranjero. Sor María de Geoffre clasificaba, separaba lo que consideraba de utilidad para hacer una recopilación, buscaba de nuevo en los archivos de la Comunidad, en los de las casas más antiguas de París y alrededores; pasó muchas horas en los Archivos Nacionales, en la biblioteca de Mazarino, de Santa Genoveva...Ante el tribunal eclesiástico, depositó una lista de 116 obras en las que había puesto de relieve testigos de la santidad de nuestra “Madre” y de su participación en las obras de San Vicente.

El 2 de abril de 1886, se abrió el proceso informativo que se prolongó hasta el 18 de diciembre de 1890. Durante este período, Sor Geoffre continuó sus investigaciones, vuelve a tomar palabra por palabra la revisión de los autógrafos, confrontó las conferencias de San Vicente subrayadas por Luisa de Marillac, las clasificó, las agrupó en una recopilación.

Durante este tiempo, se sucedieron las Hermanas de las diversas Provincias llamadas para declarar en el proceso. La propia declaración de Sor Geoffre ocupó 18 sesiones en el tribunal de San Lázaro, en la sala de las reliquias, en presencia de tres jueces, del promotor y del notario eclesiástico delegados por el Cardenal Arzobispo de París.

Sor Geoffre no conoció en este mundo el resultado de su aspiración: “Nuestra Madre será canonizada”. Beatificada el 9 de mayo de 1920 por el Papa Benedicto XV Luisa de Marillac será canonizada el 11 de marzo de 1934 por el Papa Pío XI. El 10 de febrero de 1960, el Papa Juan XXIII la declaró patrona de todos los trabajadores sociales cristianos.

Sor Geoffre, un día, profundamente emocionada , con las palabras por las que el sucesor de San Vicente acababa de terminar su conferencia de la renovación de los santos votos, expresó el deseo de poder escribir en letras de oro en el corazón de todas las Hijas de la Caridad.

“Deseo ardientemente que Luisa de Marillac, ocupe en el hogar doméstico el sitio que le merece; que cada una de sus hijas profese hacia ella la más alta estima y la confianza más filial y que toda la comunidad, santamente orgullosa de su muy digna fundadora, se una entorno a su bandera y marche decididamente sobre sus huellas... Miren y hagan según el modelo mostrado sobre la montaña ».

Hoy, es posible admirar, contemplar todos estos escritos referentes a Santa Luisa de Marillac en los Archivos de la Compañía, penetrarse de sus escritos, de sus enseñanzas, mediante las obras que conocemos traducidas en diferentes lenguas a disposición de cada Hija de la Caridad.

Sor Claire HERRMANN
Servicio de los Archivos

*Hijas mías,
sabad que,
cuando dejéis la oración
y la santa Misa por el servicio a los pobres,
no perderéis nada,
ya que servir a los pobres es ir a Dios;
y tenéis que ver a Dios en sus personas*

Explicación del reglamento, 31 de julio de 1634, Coste IX-1